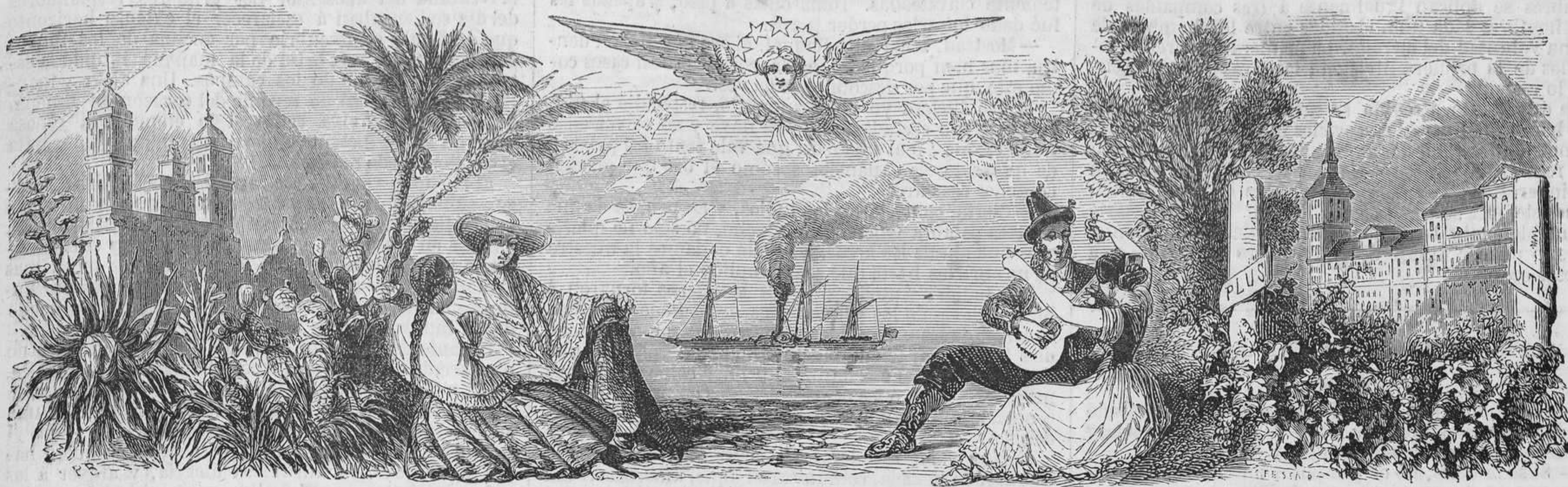


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 14. — N° 116.

## SUMARIO.

Una escena de la campaña de Crimea; grabado. El destierro del Cid. — Revista de Paris. — Notificacion del bloqueo de

los puertos del mar Negro por el Berthollet; grabados.— Las visiones de la noche en los campos; grabados.— La Casdami. — Las visiones de la noche en los campos; grabados. — El combate de la vida. — Sir John Franklin y sus compañeros. — Las horas parisienses; grabados. — La toma de Constantinopla por Mahomet II. — La Bretaña; grabados.

## Una escena de la campaña de Crimea.

Los soldados franceses acampados delante de Sebastopol toman las fatigas y peligros de la terrible campaña en que se hallan empeñados con la misma alegría, el mismo buen humor, que si estuviesen pasando el invierno.



Soldados franceses de vuelta de un reconocimiento en la Crimea.

no de guarnición en un punto cualquiera de su patria. Como saben ya nuestros lectores, se han formado entre ellos compañías de francos-tiradores, cuyo oficio consiste en disparar de día contra todo el que se presenta, y por la noche son reemplazados por los voluntarios, los infernales y los muchachos-perdidos. Estos tres nombres se aplican igualmente á tres compañías de 150 hombres cada una, elegidas entre los hombres de buena voluntad del ejército. La primera comprende todos los de la primera división; las otras dos comprenden lo restante.

De esta gente atrevida se sacan todos los hombres que hacen falta para los servicios mas peligrosos; ellos se meten en los puestos avanzados de los rusos, practican reconocimientos, sorprenden al enemigo, le hacen prisioneros, y á la vuelta de cada una de estas expediciones siempre se traen consigo algun botín que varia agradablemente la ración militar del campamento. Nuestro primer dibujo de este número representa una de esas escenas.

### El destierro del Cid.

(Conclusion.)

— ¿Cómo queréis, Martín, que un caballero honrado acuda á tales engaños para adquirir algunas monedas? Prefiero decir la verdad á Raquel y Vidas.

— Si se la decís, no os prestarán un marco. ¿No tenéis seguridad, como yo tengo, de que vuestra palabra es prenda de tanto valor como serian esas arcas, si en efecto estuvieran llenas de oro?

— Ciertamente, Martín.

— Pues si murierais en la guerra sin poder cumplirla, veinte caballeros á cual mas honrados os juran que satisfarán la deuda que dejéis contraída, aunque para ello hubieran menester demandar limosna de puerta en puerta.

— La necesidad es tal, dijo al fin Rodrigo, que me decido á seguir vuestro consejo.

— Aparte de estas razones, añadió Martín Antolínez, quien desconfía de la palabra de D. Rodrigo Díaz bien merece ser engañado.

Un instante despues tornó Martín Antolínez á Burgos acompañado de algunos escuderos, y despues de recoger de su casa las viandas que en ella habia y que mandó sin tardanza á la Glera, se encaminó á casa de los judíos. Introdujosele en un aposento en que Raquel y Vidas se hallaban ocupados uno en hacer apuntaciones en unos grandes pergaminos, y otro en contar un monton de monedas de oro que brillaban sobre una mesa larga y parecida á los mostradores modernos.

Martín saludó á los judíos, pero estos no le contestaron, tan embebidos estaban en sus ocupaciones. Así que terminaron estas, alzaron la cabeza, y reparando en él le saludaron con profundo respeto, excusando su falta de atención.

— Quiero hablar con vosotros en secreto, les dijo Antolínez. Dadme, amigos, las manos en fe de que no me descubriréis á cristianos ni á judíos.

Raquel y Vidas se apresuraron á complacer al caballero burgalés.

— Sabed, continuó este, que el Campeador fué á pedir posias á los moros sus vasallos, y ha tornado con grandes riquezas; mas el rey hase airado con él y desterrádole de Castilla. No tiene haber monedado, mio Cid, mas si dos arcas llenas de oro precioso, y como no puede llevarlas consigo porque fueron vistas, y el rey se las quitaria, quiere dejarlas en guarda por el plazo de un año con tal que le deis seiscientos marcos de oro ha que menester para mantener su mesnada hasta llegar á tierra de moros donde Dios será servido que tome vituallas y haberes en abundancia.

— De grado harémos lo que el Campeador desea, contestaron los judíos despues de conferenciar entre sí. Nosotros guardaremos las arcas donde no sean vistas; mas el que oro tiene pocas noches duerme tranquilo, y justo será que el Campeador nos recompense el servicio que le prestemos cuando las arcas tornen á su poder.

— Cumplida recompensa os dará, que liberal es en demasia; mas catad que la noche va pasando, y ántes que canten gallos ha menester mio Cid mover de la Glera donde posa. Dadme, si á bien lo habeis, los seiscientos marcos de oro, y venid á tomar las arcas de manos del Campeador.

— Nuestra costumbre, dijo Raquel, es tomar ántes de dar.

— Llevad con vosotros el dinero para dárselo al Cid en el campo.

— No harémos tal, que al pasar la puente suele haber ladrones. Vos tornaréis con nosotros y aquí tomaréis el haber monedado.

Así diciendo, los judíos se dispusieron á partir para la Glera con Martín Antolínez. Hicieronlo montados en sendos mulos, y media hora despues llegaban todos á la tienda del Cid cuyas gentes hallaron muy animadas con el abastecimiento de pan y vino que Antolínez habia mandado antemano con los escuderos.

— ¡Salveos Dios, buen Campeador! dijeron Raquel y Vidas. Dadnos, señor, á besar vuestras manos.

Y en efecto, ambos besaron respetuosamente la mano de Rodrigo, que en señal de contento se sonrió prendiendo su barba bellida, y les dijo:

— De esta tierra soy echado, amigos Raquel y Vidas, y en Dios espero tornar muy pronto mucho mas rico que salgo. Catad aquí las arcas de que os habrá hablado Martín Antolínez. Tomadlas y escondedlas donde

nadie las vea, que ántes de un año os serán pedidas y recibiréis doblado lo que hayais dado sobre ellas. Si el año cumplierse y no hubieseis sido pagados, vuestras serán, y así habréis cobrado con creces préstamo y logrería.

Los judíos se acercaron á las arcas que estaban fuertemente claveteadas. Tomáronlas á peso, y ápenas les fué dado hacerlas perder tierra.

— Mostrad, señor, dijo Raquel, el oro que tienen dentro, mas bien porque tal es la costumbre en casos como este, que por desconfianza de vos.

— Eso hiciera yo de buen grado, respondió el Cid, si estuvieran cerradas solo con llave y no claveteadas como están; ¿mas no creéis que vale tanto mi palabra de que saldréis gananciosos como el oro que pueden contener esas arcas?

— Ciertamente, contestaron los judíos, y en prueba de que vuestra palabra tenemos en mucho, no solo no queremos que abrais las arcas, sino que os damos la nuestra de no abrirlas hasta que sea cumplido el año.

Los judíos, Antolínez y dos escuderos tornaron á Burgos llevando los primeros las arcas llenas de arena al arzon de los mulos. Llegado que hobieron al palacio, dice la crónica, tendieron un almofalla sobrela una sábana de ranzal é echaron al primer golpe trescientos marcos en plata é los otros trescientos en oro, é púsose á notarlos D. Martino, é luego cargó con ellos sus escuderos.

Martín y los escuderos tornaron alborozados á la Glera. A su llegada, comunicaron aquel alborozo al Cid y los demás caballeros.

Los primeros cantos del gallo se oyeron en aquel instante en los caseríos cercanos.

— La mañana se acerca, dijo el Cid, y estoy ganoso de ver á mi mujer y mis hijas. Voy á partir para San Pedro de Cardena, de donde tornaré poco despues que el sol salga, y echarémos pregones por esta tierra para alzar gente con que ir contra la morisma.

El Oriente comenzaba á inundarse de resplandores cuando el Campeador y Gil Díaz se acercaban á San Pedro de Cardena con el corazon palpitando de alegría.

### VI.

El monasterio de San Pedro de Cardena, situado á dos leguas al Este de Burgos, tenia el aspecto de una fortaleza en la época á que nos referimos. En un principio fué pobre y mezquino; pero reyes y señores le fueron enriqueciendo y engrandeciendo su fábrica, y en él florecieron por muchos siglos varones eminentes en saber y virtud.

Por los años de 824, es decir, poco mas de doscientos años ántes del destierro del Cid, le invadieron los sarracenos, y con este motivo alcanzaron la palma del martirio su abad Estéban y doscientos monjes mas. De resultas de aquella horrible matanza y para precaverle de nuevas invasiones, se le cercó de sólidas murallas y fuertes y elevadas torres que fueron desapareciendo segun fué desapareciendo el peligro. Y no en vano se tomaron aquellas precauciones: mas de una vez penetraron los moros en el corazon de Castilla y se lanzaron sobre Cardena con la esperanza de entrar á saco el opulento monasterio; pero los monjes se convirtieron de repente en soldados, y coronando los muros en actitud amenazadora, hicieron desistir de su sacrilego intento á los musulmanes.

Lain Calvo, abuelo del Cid Campeador, y uno de los jueces de Castilla, fué de los ricos-homes que mas hicieron por el engrandecimiento del monasterio. Agraciados los monjes y doliéndose de que tan ilustre bienhechor se alojase en la hospedería comun cuando fuese en romería á San Pedro, destinaron para él y sus sucesores un cuerpo de edificio independiente y comprendido dentro de los muros. Aquel edificio, embellecido nuevamente por los señores de Vivar, servia de morada á la familia del Cid en el momento en que este se encaminaba á abrazarla para salir desterrado de Castilla.

Las campanas de San Pedro saludaban el alba, y los monjes congregados en el templo glorificaban al Excelso con el cántico del rey profeta: *Venite exultemus Domino.*

Jimena, la noble, la enamorada Jimena, el bello tipo de las antiguas damas de Castilla, de aquellas damas cuyo nombre invocaba el guerrero en los combates colocándolas en su corazon á la par de su Dios y de su rey; Jimena, el adorable tipo de la esposa y de la madre que á la par de su Dios coloca en su corazon á su esposo y á sus hijos, Jimena, repetimos, era una débil sombra de lo que habia sido algunos meses ántes. Amabanla sus parientes, amabanla los burgaleses, amabanla cuantos la veian, eran su gloria sus hijas; pero lejos del esposo que habia sido el primer encanto de su vida, viéndose á Rodrigo calumniado por aquellos que debian besar el polvo que sus piés hollasen, viéndole, en fin, condenado al destierro y á la pobreza cuando esperaba verle tornar á sus brazos cargado de riquezas y coronado de gloria, ¿cómo no considerarse la mujer mas infeliz de la tierra? ¿cómo no derramar continuas lágrimas? ¿cómo no sentir en su corazon un profundo vacío?

La noche que terminaba, para Rodrigo habia sido por excelencia la noche de la tristeza y los dolores, y para Jimena lo habia sido tambien. ¡Señor! ¿por qué misterioso conducto se transmiten los dolores y las alegrías en la ausencia los corazones enamorados?

Jimena abandonó su triste lecho sin esperanza de

hallar en él descanso, y calculando que el alba se hallaba próxima. El sueño habia sido con Sol y Elvira mas benigno que con Jimena: las inocentes niñas dormian apaciblemente abrazadas. Su madre las contempló un instante con indecible ternura, besólas en la mejilla suavemente para que no despertaran, y abrió la ventana del aposento. Los primeros resplandores del dia comenzaban á esclarecer el extenso horizonte que desde allí se descubria por encima de los muros del monasterio, y la brisa de la mañana inundó la estancia del perfume de los campos. Una alegría inaplicable se apoderó de repente del corazon de Jimena, una alegría tan viva como si la enamorada esposa viese en aquel instante ondear en la llanura inmediata el pendon verde del esposo.

Al pié de la ventana crecian algunos árboles á la sazón cubiertos de flores y tan altos y pomposos que sus ramas llegaban á la ventana misma. Un pájaro fué á posarse en las ramas de aquellos árboles, y sin que Jimena le intimidase empezó á modular los tonos mas armónicos y alegres que pájaros han modulado. Entónces formaron coro el canto de los pájaros y el toque de las campanas y los himnos del rey profeta.

El canto del pajarito despertó á las niñas, que no otro acento es digno de turbar el sueño de los ángeles, y Sol y Elvira permanecieron un rato con la sonrisa en los labios, escuchando aquel canto sin pronunciar una sílaba, temerosas de ahuyentar al cantor.

Jimena volvió la cara buscando alguien á quien hacer partícipe de su misteriosa alegría, y al ver á las niñas despiertas, corrió á ellas, y estrechándolas contra su corazon les dijo:

— ¡Hijas mias, roguemos á Dios que se cumplan las buenas nuevas que el corazon me anuncia!

— ¡Sí, madre, sí, roguémosle que nuestro padre y Gil tornen!

Un momento despues madre é hijas acompañadas de « cinco dueñas de pro, » como dice la crónica, rogaban á Dios por la vuelta del suspirado caballero, y la voz de este que resonó en el patio del monasterio vino á interrumpir su oración.

Tres gritos de alegría respondieron á aquella voz, y Jimena y las niñas se precipitaron al encuentro de los reciénvenidos.

Hay escenas en la vida que plumas no pueden describir ni pinceles pueden pintar, que á veces Dios hace impotente el arte para humillar el orgullo del artista que presume de omnipotente ultrajando al Autor de la naturaleza. Al número de esas escenas corresponde la que ni aun nos atrevemos á bosquejar débil y groseramente. Nuestro corazon tiene facultades para sentirla, pero nuestra paleta no tiene colores para pintarla. Los primeros rayos del sol penetran en la estancia en que escribimos, y los pájaros trinan en las enredaderas que entoldan nuestra ventana. Que vengan el pintor de Urbino y el cisne de Pésaro á reproducir esos trinos y esos colores.

El sol doraba los pardos muros de San Pedro de Cardena y aun continuaban en amorosa plática el Cid y su familia. « El abad D. Sancho, dice la crónica, habia mandado hacer grand yantar al buen Campeador. » D. Sancho y los de Vivar almorzaron juntos, y poco despues recibieron el Cid y Gil la bendición del prelado y las caricias de Jimena y las niñas, y tomaron el camino de la Glera.

Varones y hembras salian á las ventanas y al camino á verlos pasar, y lloraban sin consuelo exclamando:

— ¡Desterrado va el que en buen hora ciñó espada!

¡Oh Dios, qué buen vasallo si hobiera buen señor!

Y al dar vista á la Glera, vieron venir de hácia la puente de Arlanzon gran número de caballeros cuyas armas brillaban como espejos, heridas por los rayos del sol. Y aquellos caballeros, como conocieran al Cid por el pendon verde, agujaron los corceles, y poco despues se reunieron todos en el campo de la Glera.

Eran ciento quince mancebos, la flor de los caballeros burgaleses, que venian con Martín Antolínez ganosos de acompañar al Cid en su destierro.

Y aquel mismo dia el Cid repartió farantes por aquellas comarcas, los que daban pregones publicando como el Campeador era echado de la tierra.

Y pobres y ricos, hidalgos y villanos, varones y hembras, todos vestian cenadales negros en señal de duelo, y dejaban solaces y labores, y cerraban las puertas de sus casas, y en toda Castilla era tal el llanto que partia los corazones.

Por todas partes acudian peones y caballeros en pos de la enseña del Campeador abandonando familias y heredades.

Eran pasados seis dias del plazo: solo quedaban tres, los necesarios para llegar á las fronteras, por cuya razon el Cid juntó toda su mesnada y se dispuso á la partida, con tanto mas motivo cuanto que el rey le habia conminado con los mayores castigos si cumplidos los nueve dias era cogido en su reino.

— Varones, dijo á sus gentes, plegue á Dios que yo pueda recompensaros el haber dejado casas y heredades por seguirme. Corto es el haber que ahora tengo, mas agradece la buena voluntad con que lo parto con vosotros, en tanto que llega el dia en que mayor bien pueda haceros. La noche viene y hemos menester descanso. Así que canten gallos ensillad vuestras cabalgaduras, que hemos de ir á San Pedro de Cardena donde el abad D. Sancho nos espera. Dirános la misa, y luego cabalgaremos con ayuda de Dios y Santa Maria, que el fin del plazo se acerca.

La mesnada tomó el camino de Cardena poco despues de mediados gallos, y llegó allá al toque de maitin.

El abad bendijo el pendon y la mesnada del Cid. Este y Jimena oyeron misa devotamente arrodillados junto al altar, pidiendo á Dios que los volviese á reunir en este mundo.

Se acercaba el instante de la partida. El Campeador recomendó á D. Sancho su mujer y sus hijas, á las que abrazó repetidas veces sin poder reprimir las lágrimas, sucediendo lo mismo á Gil. En seguida el caballero y el mancebo cabalgaron para poner término á aquella dolorosa despedida en medio de los gritos y el llanto de todos, y la hueste se alejó del monasterio.

Al llegar á una eminencia desde donde se descubría á Burgos y á Cardena, « el Campeador, dice la crónica, tornó á Sancta Maria la cara del caballo, y sanctiguándose con la diestra exclamó :

— ¡Valedme, gloriosa Santa Maria! De esta honrada Castilla salgo con llanto en los ojos. Prestadme vuestra ayuda para que torne á ella, y valed á la mi Jimena y á la mi Elvira y á la mi Sol, que yo ofrezco á vuestro altar ricas dones y mil misas que haré cantar en él. »

Diciendo así, tornó la faz á Gil que tenia fijos sus ojos en San Pedro de Cardena. Rodrigo comprendió el pensamiento que dominaba el alma del mancebo : ambos exhalaban un doloroso suspiro aplicando el acicate á sus cabalgaduras, y caminaron silenciosamente oyendo tañer con lúgubre son las campanas de San Pedro hasta que el monasterio desapareció de su vista.

## VII.

Nos propusimos narrar uno de los episodios mas dolorosos de la vida del gran héroe popular de Castilla siguiendo paso por paso la historia, y hemos terminado, mal ó bien, nuestra tarea. No nos toca pasar mas adelante, pues todo el mundo sabe :

Que Alfonso VI recibió un dia un presente compuesto de gran número de cautivos musulmanes, y de las llaves de veinte fortalezas que acababa de arrebatarse á los moros Rodrigo Diaz el desterrado ;

Que una ciudad bañada por el Turia se llama Valencia del Cid, porque el Cid la conquistó ;

Que las hijas del Cid casaron con reyes ;

Y que un mancebo llamado Gil Diaz compuso la crónica del famoso caballero Rodrigo Diaz de Vivar.

ANTONIO DE TRUEBA.

## Revista de Paris.

Rachel se ha despedido esta semana del público parisiense, y no tardará en surcar los mares en busca del millon de francos que la han ofrecido en premio á su talento los Estados- Unidos. Algunos periódicos de Paris han anunciado que la aplaudida actriz debe pasar á la Habana para dar algunas representaciones de las obras maestras de Corneille y de Racine; si la noticia fuese exacta lo celebráramos.

La despedida de Rachel que, segun sus disposiciones manifiestas, puede considerarse esta vez como definitiva, ha producido en el mundo teatral una sensacion extraordinaria. El público, ferviente admirador de esa inteligencia especial para la interpretacion de las grandes y severas pasiones de la tragedia clásica, participa tambien, y en alto grado de ese sentimiento, con tanto mas motivo cuanto que hace pocos dias aun se prometia que Rachel pasaria este verano en Paris, como á causa de la Exposicion Universal, parece lo habia solicitado de ella el gobierno. Pero no será así; ya no estamos en aquellos tiempos en que el deseo de un soberano era una orden para los artistas; en el dia se obedece á otros impulsos, á consideraciones de otro género, que en muchas ocasiones son mas que de gloria, de fortuna.

A propósito de aquella alta influencia que en otras épocas dominaba á los grandes talentos, hemos oido contar una anécdota curiosa á un hombre envejecido en la admiracion del repertorio trágico del Teatro Francés, que vamos á transcribir á nuestras columnas. — El héroe es un actor cuyo nombre conoce todo el mundo, Talma, y el asunto es un duelo.

— Una noche, dijo el anciano á que nos referimos, despues de una representacion de *Iphigenie en Aulide*, en la cual Mlle. Georges, muy jóven todavía, habia representado admirablemente el papel de Clitemnestra y Lafond el de Aquiles, recargándolo un poco, segun su inveterada costumbre, mi lacayo me entregó un Billeto de Talma donde con la mayor urgencia me daba una cita para el dia siguiente á las seis de la mañana en su casa.

Yo fui muy exacto, y me encontré al artista envuelto en su bata como un viejo romano en su toga y paseándose en su cuarto mientras estrujaba con impaciencia un número del *Diario del Imperio*.

— Ese tunante de Geoffroy acaba de hacer otra de las suyas, me dijo sin darme los buenos dias, tan grande era la preocupacion que le dominaba.

— ¿Qué pasa pues? le pregunté.

— Lee ese infamia.

Y me alargó el periódico cuyo folletín me puse á leer atentamente.

Talma y Lafond habian desempeñado alternativamente el papel de Aquiles, y el crítico estableciendo entre los dos un paralelo, concedia todas las ventajas al segundo, dirigiendo al primero una sarta de consejos tan cruelmente sarcásticos que á cada línea se descubria el veneno.

— Pero no es todo aun, continuó Talma; ¿cómo creerás que en el último baile del conde de L... ese majadero de

Lafond (la cólera cegaba á Talma) tuyo la impudencia de leer este libelo infamatorio á varias personas, amenizándolo con insolentes comentarios?

— ¿Estás seguro de ello?

— Lo sé todo por un testigo que es la pura verdad, un artista á quien ese escritorillo trata con tantos miramientos como á mí.

— Pero dime, amigo mio, ¿no te venga lo suficiente de esas injurias el público que te idolatra?

— No importa.

— Yo creo que haces muy mal de dar tanta importancia á la opinion de un solo hombre.

— Quiero que esto concluya : ¿puedo contar con tu amistad?

— Pruébalo cuando gustes.

— Pues te vas á presentar en mi nombre en casa de Lafond, á quien dirás que su conducta en casa del conde de L... no es propia de un buen compañero, y que por lo tanto exijo una satisfaccion.

— Talma, en tu posicion eso es una locura.

— Estoy resuelto de un modo irrevocable.

— Pero piensa...

— Todo está pensado.

— Te advertiré no obstante...

— Es inútil; si te niegas á servirme en esta ocasion, no dejaré de hallar otro amigo que me sirva.

Sin añadir una palabra me fui á casa de Lafond á quien encontré disponiéndose á salir.

— ¡Diablo! me dijo arreglándose con desembarazo las largas puntas de su corbata de muselina de las Indias, el belicoso Aquiles toma su papel por lo serio. El lance es muy gracioso.

— ¿De modo que acepta Vd.?

— Sin titubear; se encuentra con la horma de su zapato. ¿Qué dia?

— Mañana.

— ¿La hora?

— A las seis.

— ¿Y dónde?

— En el bosque de Vincennes.

« Hasta mañana al despuntar la aurora, » dijo plantándose como el Cid en la famosa escena del desafio.

Al otro dia por la mañana, era á fines de mayo y hacia un tiempo magnífico, cuatro personas se encontraron á la entrada del bosque de Vincennes.

Talma me habia elegido por padrino; Lafond iba tambien acompañado de un amigo suyo.

Despues de un profundo saludo y de algunas palabras frias y corteses, penetramos por entre los árboles. Cuando llegamos á una plazuela cuyo terreno desigual estaba alfombrado de musgo y cercado de altos matorrales, Talma se detuvo y exclamó quitándose el sombrero :

— Este lugar solitario y retirado me parece muy á propósito para terminar el asunto pendiente.

El padrino de Lafond pronunció algunas palabras conciliadoras; yo me uní á él, pero todo fué en vano. El amor propio de Talma se hallaba profundamente herido, y Lafond, tan arrogante en la vida privada como los héroes que interpretaba en el teatro, se encerró en un silencio desdenoso.

En ménos de un minuto los antagonistas se quitaron el frac y sacaron al viento las espadas.

El ataque de Talma fué franco y vigoroso; Lafond paró los golpes con destreza, pero al cabo de algunos paseos, su adversario cayó sobre él con la rapidez de un relámpago, y le hizo en el hombro una herida ligera.

Al ver correr la sangre nos apresuramos á intervenir para que cesara el combate. Los campeones no eran de nuestra opinion, principalmente Talma, pero despues de haber oido la voz del honor, debieron escuchar la de la razon.

Antes de separarnos juramos guardar sobre este desafio el mas profundo secreto, pero la policia imperial estaba alerta, y Napoleón supo la aventura con todos sus pelos y señales.

Un dia, pues, delante de Talma dijo al duque de Abrantes frunciendo sus negras cejas tan temibles como las del Júpiter olímpico :

— La vida de los grandes artistas como la vida de los grandes dignatarios de la corona pertenecen á la Francia; los espadachines no me gustan.

Y los dos Aquiles, el de los campos de batalla y el del teatro, bajaron la cabeza : Talma por nada en el mundo habria vuelto á batirse. Pero vengamos á historias mas modernas.

Ya que tantas veces hemos señalado á nuestros lectores el fatal casamiento por interés que es el dominante en nuestra época, con gusto hablarémos hoy de dos matrimonios por inclinacion, siquiera sea para advertir á nuestros lectores que no hay regla sin excepcion, como dice el proverbio.

Un comerciante que acababa de entrar en los negocios con treinta ó cuarenta mil pesos de capital, encuentra una noche en una reunion á una jóven bonita y bien educada, se prenda de ella, se hace presentar en su familia y pide su mano.

— Mucho me honra su peticion de Vd., le dice el padre, viejo militar que vive con su modesto sueldo de retirado, pero un grave inconveniente se ofrece para ese matrimonio.

— ¿Muy grave?

— Insuperable en los tiempos que corren.

— Yeamos cuál, contesta el pretendiente.

— Mi hija carece de dote.

— Si no es mas que eso, no hay ningun obstáculo; dentro de poco tiempo habré ganado yo una fortuna suficiente para nuestra casa.

Décidido el negocio, el futuro y la madre se van á la alcaidia para mandar correr en seguida las amonestaciones. El empleado, despues de haber apuntado los nombres y profesion del futuro, pregunta el nombre de la señorita y la profesion que ejerce.

La madre da el nombre, y en cuanto á la profesion responde que es cómica.

Al oír estas palabras el futuro abre unos ojos tamaños, y si se descuida lanza una interjeccion impropia del sitio y de la circunstancia; pero al ver en el rostro de su madre política una expresion de franqueza serena, imperturbable, no dice nada, y se contenta con meterse en el bolsillo una parte de sus documentos de familia. El empleado examina los papeles y echando de ver que falta una fe de bautismo, observa que el asunto no puede llevarse mas adelante; nada mas que eso deseaba el novio.

En el tiempo que se supuso necesario para que llegase el papel que faltaba, nuestro comerciante va á casa del amigo en cuya casa vió á su pretendida, se informa del teatro en donde está ajustada, y manda hacer averiguaciones que todas dan los mejores resultados. Sin embargo, una cosa le detiene; en virtud de una escritura firmada la jóven se hallaba comprometida á permanecer en el teatro un año, á ménos que pagara inmediatamente la suma de 1,000 pesos de daños y perjuicios á su empresario; ahora bien, nuestro enamorado queria que su mujer rompiese con la vida de artista, pero pensaba que el dinero estaria mejor en su casa que en el teatro.

— ¡Qué diantre! se decia; me parece que hago bastante con tomar una mujer sin dote sin que todavía tenga que pagar para obtener su mano.

La familia de la jóven prometió que haria rescindir la escritura, y para lograrlo la actriz principió por ponerse mala, por no querer asistir á los ensayos, en una palabra, puso en juego todos los expedientes de que se echa mano en casos semejantes.

El empresario que no veia en todo esto mas que caprichos de jóven, ó acaso el deseo de abandonarle por una posicion mas ventajosa en algun otro teatro, se mostró al principio muy severo, pero en cuanto un amigo, mejor informado que él, le dijo sencillamente lo que habia, esto es, que se trataba de un buen matrimonio, ¡cosa rara! se portó como un hombre de buenos sentimientos, y sin querer aprovecharse de una situacion que podia proporcionarle un beneficio líquido de mil pesos fuertes á expensas de un jóven matrimonio, sacrificó noblemente su interés personal y rasgó la escritura de la jóven artista.

El caso es raro para un director de teatro, pero justamente por eso merece señalarse.

Pasemos á la segunda historia.

Tambien se trata aquí de un comerciante, pero este tiene ya su fortuna hecha, y segun los que le conocen bien, es una fortuna respetable. Le designaremos con la letra X...

M. X... tiene treinta y ocho años y no carece de talento ni de elegancia. Un domingo del mes de enero último se encuentra en la calle con uno de sus amigos á quien no habia visto hacia tiempo.

— ¿Cómo te ha ido desde que no nos vemos? le pregunta el amigo con interés; ¿no te has casado?

— No, por cierto.

— ¿Y porqué? un hombre de tu fortuna, de tu rango....

— Es cosa muy sencilla, porque no he encontrado aun una mujer á mi gusto.

— ¿De modo que si la hallaras?...

— Me casaria.

— ¿Deseas que sea muy rica?

— No; pero deseo que esté bien educada, que sea elegante...

— Entonces conozco una que te convendrá bajo todos conceptos.

— Alguna solterona; no hay hombre como tú para proporcionar á los amigos buenas gangas.

— ¡Solterona! estás equivocado; es una jóven preciosa, apenas tiene veinte años, una educacion esmerada, mucho talento, hija de una familia distinguida y luego no carece de fortuna, siempre tendrá unos veinte mil pesos; ya sé que esto no es mucho para tí, pero en fin, mas vale algo que nada. Si quieres, te presento á ella.

— Mil gracias, pero mira, estas presentaciones matrimoniales son muy ridículas á menudo; la doncellita baja los ojos, finge las cualidades que ménos posee, acecha los defectos, el flaco del hombre que pretende su mano, luego se deja hacer la corte, y sucede que si el hombre despues del estudio escudriñador á que tambien se entrega por su parte reconoce que no tiene todo lo que es menester para hacer su felicidad doméstica, es ya demasiado tarde para presentar su dimision, y se encuentra comprometido neciamente. Las presentaciones matrimoniales dan con mucha frecuencia tales resultados; además, ¿puedo yo responder de que no me disguste en cuanto la vea?

— No vas descaminado en lo que dices, pero en cuanto á esta nada es mas fácil que enseñártela. Casualmente todos los domingos va á misa de doce á la Magdalena; ahora debe estar allí; entraremos, yo sé el lugar donde se coloca ordinariamente con su madre, te la enseñaré, la verás y juzgarás sin comprometerte.

— Me gusta la idea; vamos á verla.

M. X... va pues á la iglesia, y en breve su amigo le señala dos señoras piadosamente arrodilladas leyendo en su devocionario.

— Héla ahí, dice el amigo; ¿qué te parece?

— Encantadora.

— No te engañaba yo.

— Es divina; la que tiene el sombrero azul.

— No, no; la que está á su lado con sombrero de color de rosa.

— Es bonita, pero á mí me gusta mas la del sombrero azul.

— ¿Pero quién te habla del sombrero azul? Yo no conozco á esa jóven; sin duda es seductora, pero en fin, no hemos venido aquí por ella. Considera bien esa gracia, esa frescura....

— Sí, sí, la del sombrero azul...

— No, la otra; esta noche te presentaré en su casa, todos los domingos tiene reunion... Pues, ¡y la madre! ¡qué aire tan distinguido!... Pero no me escuchas.

— Amigo mio, estoy admirando esa fisonomía angelical; ¡qué bien la está el sombrero azul! ¡qué sencillez! ¡qué buen gusto!

El amigo se pone de muy mal humor, y M. X... no le hace caso ninguno; por fin, le lleva á la puerta de la iglesia y se despide de él muy friamente, pero M. X... vuelve á entrar, espera que se acabe la misa, y respetuosamente sigue á lo lejos al sombrero azul que le hechizó de un modo irresistible. El sombrero entró en una casa de una calle próxima á la iglesia; M. X... penetró tambien un instante despues, dió una buena propina al portero, y obtuvo algunos informes sobre la jóven que acababa de subir las escaleras. La niña del sombrero azul era hija de un modesto

empleado, y trabajaba para subvenir á sus gastos particulares y á los de su madre; esta circunstancia no enfrió el cariño del amante, que al otro dia se presentó á la madre y la dijo:

— No tengo el honor de que Vd. me conozca; soy M. X..., dueño de una casa de comercio de bastante importancia; he visto ayer á su niña de Vd., me gusta muchísimo, y seria un hombre muy afortunado si pudiera llamarla mi esposa.

— Por manera que viene Vd...

— Vengo á pretender de Vd. la autorizacion de presentarme en su casa y de solicitar la mano de su hija; tenga Vd. la bondad de no decirle á ella nada, y si al cabo de algunos dias de visitas conozco que no la desagradaria el matrimonio, en este caso todo dependeria de sus señores padres.

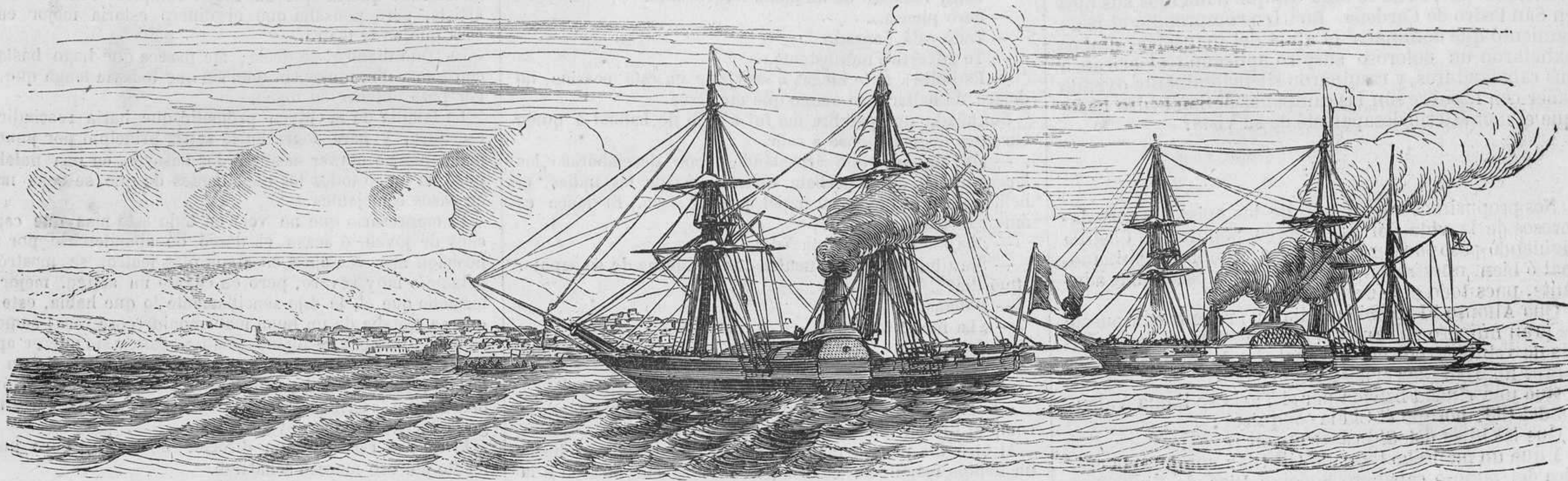
— Caballero, una proposicion en tales términos nos honra demasiado para que por mi parte deje de acogerla como merece; sin embargo, ántes de pasar mas adelante debo advertir que nuestra situacion de fortuna es muy precaria; el trabajo de mi hija nos ayuda á subvenir á nuestros gastos...

— Mi posicion, señora, me permite olvidar esos pormenores de fortuna en la mujer que pretenda por esposa.

Dos dias despues M. X... era admitido en casa de la jóven del sombrero azul, y al cabo de dos meses se empeñaba recíprocamente la palabra de matrimonio. Por desgracia no se habia pensado en una cosa, y es que en Paris la gente no se casa durante la cuaresma, de modo que la ceremonia nupcial ha quedado aplazada para Pascuas.

MARIANO URRABIETA.

Notificacion [del bloqueo de [los puertos del mar Negro por el Berthollet.

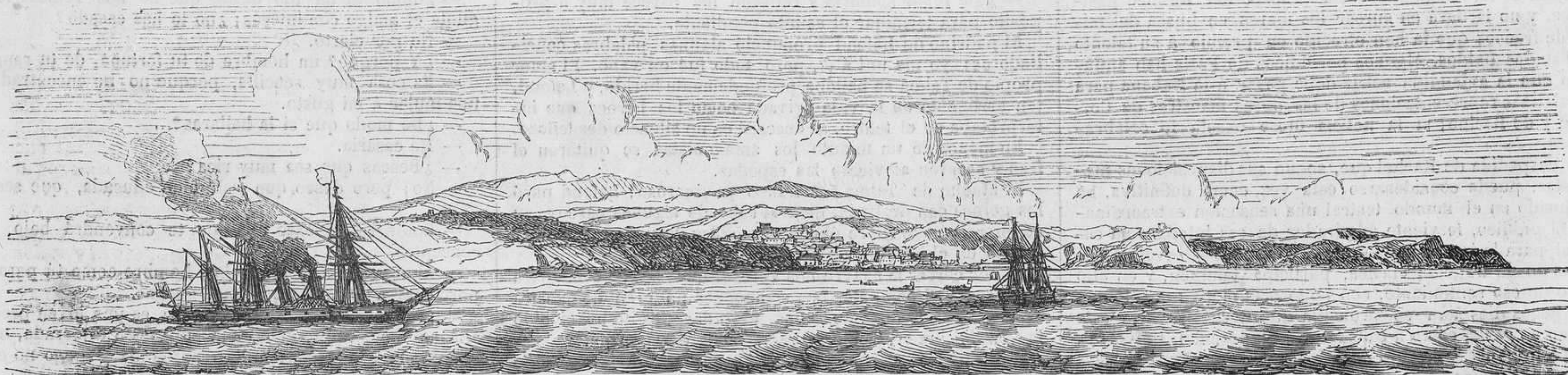


Delante de Kaffa.

Muy señores míos:  
Envío á Vds. algunos detalles sobre el pequeño viaje que acaba de hacer *el Berthollet*, comandante M. Bastard á lo largo de la costa de la Crimea, y hasta Sudjack para declarar como corresponde el bloqueo de las cos-

tas del mar Negro. Esta mision fué muy corta gracias al tiempo magnífico que favoreció la excursion del *Berthollet* y gracias tambien á su buen paso, pues debe advertirse que indudablemente *el Berthollet* es uno de los mejores andarines, y de los mas bonitos bu-

ques de la escuadra. Acompañábale en su mision una fragata inglesa encargada por su gobierno de hacer la misma notificacion.  
Despues de haber doblado el cabo de Aix y de haber seguido las costas de Crimea *el Berthollet* llegó á Caffa,

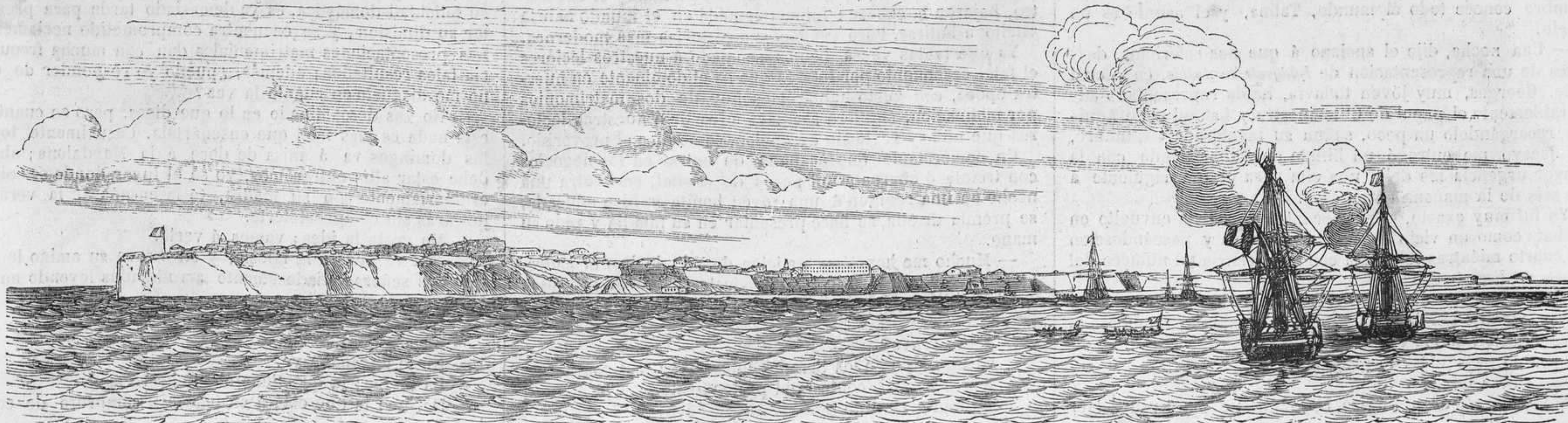


Delante de Kerch.

y llevó con pabellon parlamentario á tierra, juntamente con la fragata inglesa, dos embarcaciones que declararon el objeto de su visita al oficial ruso encargado de recibirlos.  
De allí á Kerch no habia mas que un paso para *el Berthollet*. En seguida se dirigió sobre Anapa y sobre

Sudjak. En estos cuatro puertos los rusos han hecho nuevas é importantes obras de defensa. Anapa principalmente debe presentar una fuerza respetable, pues la segunda vez que la ví en julio con la fragata de vapor *el Vayban*, comandante de Herbingen, se hallaba ya al abrigo de un ataque ordinario.

Me aprovecho de esta ocasion que se me ofrece de hablar de marina para decir á Vds. cuatro palabras de los magníficos vapores comprados y construidos recientemente por la compañía de vapores de las Mensajerías imperiales. Muchos de ellos han llegado hasta el mar Negro y merecerian dibujos especiales, pero tenemos



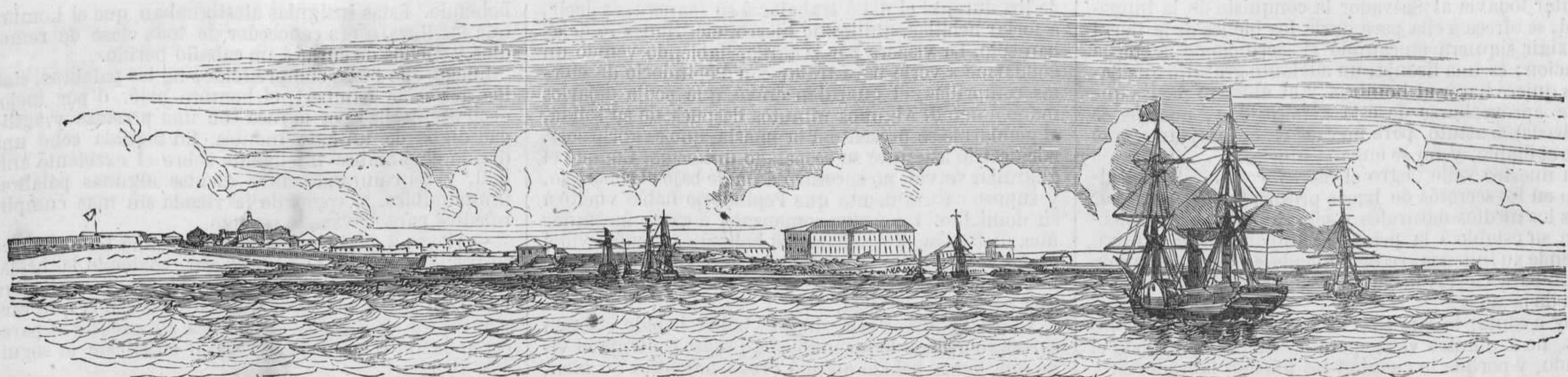
Delante de Anapa.

otros acontecimientos de mayor interés por ahora, y me reservo para mas adelante la tarea de representar estos soberbios buques que han prestado tan grandes servicios desde el principio de la guerra.

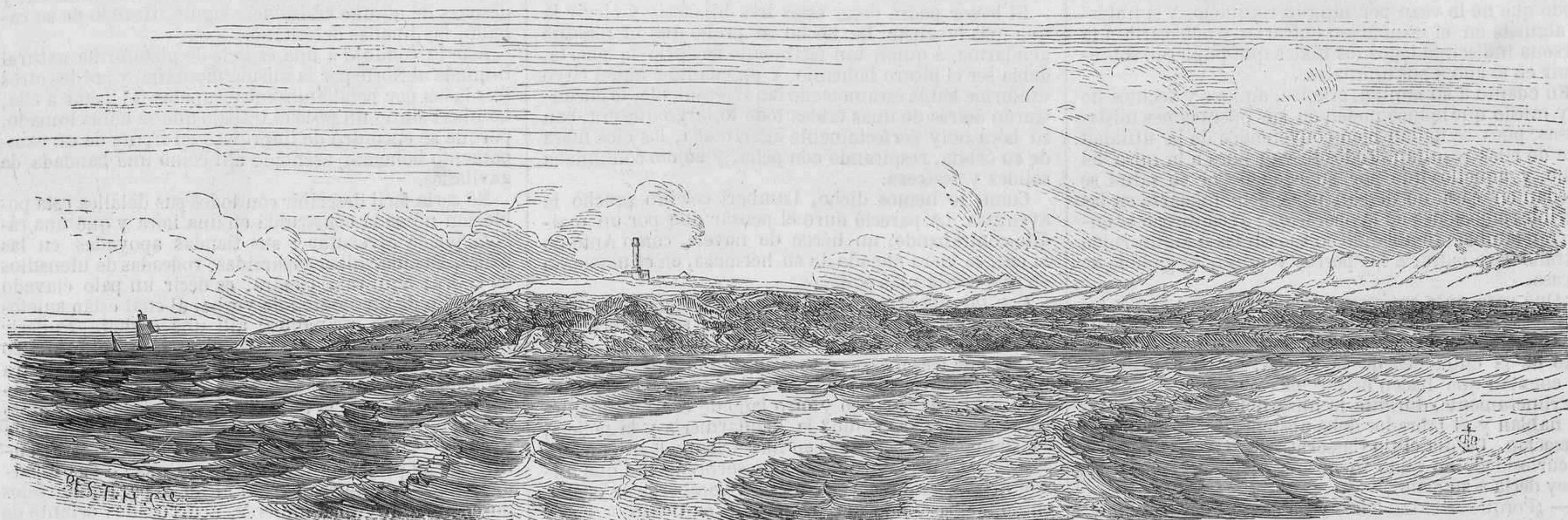
He recogido documentos muy preciosos sobre el mar de Azoff y sus puertos, así como varios dibujos que me prometo enviar á Vds. próximamente. En el estado actual de las cosas, cuando nuestra escuadra ligera va

á desempeñar sin duda un papel en este gran lago ruso, esto será como el prólogo de un drama que excitará la curiosidad pública.

D. B. ○



Delante de Sudjak.



Faro y cabo Kerch, á la entrada del mar de Azoff.

**Las visiones de la noche en los campos.**

(Artículo tercero, véanse las páginas 172 y 173.)

La noche de Navidad, es en todos los países la crisis

mas solemne del mundo fantástico. En razon de esa necesidad que experimentan los hombres primitivos de completar el milagro religioso con lo maravilloso de su viva imaginacion en todos los países cristianos, la

primera campanada de las doce señala el momento de los prodigios, al paso que anuncia la conmemoracion de la era divina. En esa hora sagrada llueven beneficios del cielo, y por esto el infierno vencido queriendo



La noche de Navidad en el Berry.

disputar todavía al Salvador la conquista de la humanidad, se ofrece á ella para darla los bienes de la tierra sin exigir siquiera en cambio el sacrificio de la eterna salvación; es una lisonja, un adelanto gratuito que Satanás quiere hacer al hombre, y el aldeano piensa que puede aprovecharse de esta generosidad; además se cree bastante astuto, para no caer en el lazo, tan astuto como el diablo, y no se engaña mucho.

En nuestro valle negro el *labrador fino*, esto es, iniciado en los secretos de hacer prosperar el ganado por todos los medios naturales y sobrenaturales, se encierra en su establo á la primera campanada de la misa, enciende su linterna, recoge cuidadosamente sus animales, prepara ciertos hechizos y se queda ahí solo hasta el fin de la misa.

Voy á contar lo que pasa en mi propia casa todos los años, no á nuestra vista, pero á sabiendas de todo el mundo, y porque lo cuentan los mismos labradores.

Y digo que no á nuestra vista porque el hechizo es imposible si hay testigos. El aldeano se encierra de modo que no le vean por ningún resquicio, y si hubiera alguien en el establo no entraría; y achacaría á la persona indiscreta todos los males que pudieran sobrevenir en el año á sus animales.

En cuanto á su familia, criados, amigos y vecinos no hay miedo que le incomoden en sus operaciones misteriosas, pues se hallan bien convencidos de la utilidad que de ellas resultan. Todos se van pues á la misa del gallo, y aquellos que por su edad ó por su salud se quedan en casa no desean por cierto iniciarse en las terribles emociones de la operación; al contrario se encierran también temblando en sus camas si algún ruido extraño hace ladrar á los perros y mugir al ganado de la casa.

¿Qué pasa pues entonces entre el *labrador fino* y los espíritus? No soy yo quien podría decirlo; pero muchas versiones circulan en las veladas de invierno al lado de la chimenea de la cocina, muchas historias se cuentan que hacen erizar los cabellos.

Primeramente, durante la misa del gallo los animales hablan y el *labrador* debe abstenerse de oír su conversación. Un día el tío Casseriot, que tiene el flaco de la curiosidad, no pudo menos de escuchar lo que su buey decía á su asno.

— ¿Porqué estás tan triste y no comes? decía el buey.  
— ¡Ay de mí! me devora una pena muy grande, respondió el asno. Nunca hemos tenido un amo mejor y he aquí que vamos á perderle.

— Lástima sería, repuso el buey, que se hallaba dotado de un espíritu sereno y filosófico.

— Dentro de tres días no se contará ya entre los vivos, repuso el asno, cuya sensibilidad era mas expansiva y que hablaba llorando.

— ¡Qué lástima! ¡qué lástima! repitió el buey rumiando.

El tío Casseriot tuvo tanto miedo, que se olvidó de entregarse á sus hechizos, corrió á la cama, le atacó una fuerte calentura y murió á los tres días.

El mozo de labranza de Juan de Chassignoles vió una vez durante la misa, que los bueyes salían del establo con mucho ruido y arrojándose unos contra otros como si les empujaran con un rejon agudo, pero no había nadie que los llevara de aquel modo y se fueron solos á la fuente donde despues de haber bebido con una sed que no era natural se volvieron al establo con la misma agitación y la misma obediencia. Como era curioso y escéptico, quiso saber lo que aquello significaba. Se quedó á la puerta de la granja, y á poco rato, cuando daba la última campanada de la misa, vió salir á su amo acompañando á un hombre que no se parecía á ningún otro hombre, y que le decía: « Buenas noches Juan, hasta el año que viene. » El mozo de labor quiso acercarse para verle mejor pero había desaparecido, su amo estaba solo, y al descubrir al imprudente, le dijo:

— Por dicha tuya no has hablado, pues con solo que hubiera mirado hacia donde estabas, á estas horas no te contarías ya en este mundo.

El mozo tuvo tanto miedo, que nunca quiso volver á indagar cual es la mano que lleva á beber á los bueyes en la noche de Navidad.

JORGE SAND.

## LA CASDAMI.

(Continuacion.)

V.

Despues de la conversacion que acabamos de referir someramente, nadie extrañará que el honrado Lambert supiera con cierta alegría la evasión de Pepindorio. El aduanero había puesto su conciencia á cubierto, recomendándolo al carcelero que debía guardarlo hasta que compareciese ante el tribunal de Ceret. Por consiguiente se hicieron al bohemio todos los honores de una cautividad tan rigurosa como era posible; y sin embargo, un día, cuando vinieron á traerle la frugal comida que le daba la munífica administracion, la jaula estaba vacía, el pájaro había volado. Y no obstante ninguna puerta había sido forzada, ninguna reja rota, ninguna pared agujereada. El milagro hubiese sido cosa comprobada, si no se hubiera observado, buscando por todas partes al fugitivo, un cobertizo, adon-

de iba durante el día á trabajar á su manera, es decir, á forjar hebillas, anillos de hierro, etc. Nunca lo dejaban solo. La víspera por la tarde, habiendo venido un gendarme á verlo para tratar con Pepindorio de ciertas comprillas, el guardian creyó que podía dejarlos mano á mano. Algunos minutos despues de su salida, el gendarme se presentó á la puerta, que se abrió sola, por decirlo así, ante su respetado uniforme. Cuando el guardian volvió, no encontró á nadie bajo el cobertizo, y supuso naturalmente que Pepindorio había vuelto á su domicilio. La noche comenzaba á caer; fué á dar una vuelta por el calabozo del bohemio, á quien vió ó creyó ver dormido sobre la paja. Dos vueltas de llave le parecieron suficiente garantía, y se fué á acostar con una seguridad perfecta.

Ahora se ofrece esta duda; ¿había bebido el buen carcelero mas de lo razonable? ¿ó acaso contenía el vino que había bebido alguna droga narcótica? ó bien, por fin, — como se prefirió suponer, — ¿estaba de acuerdo con Pepindorio?

El lector podrá pesar estas tres hipótesis y elegir la que mas le guste. De hecho se probó que el maldito gendarme, á quien tan fácilmente se abrió la puerta, debía ser el pícaro bohemio. Y en cuanto á aquel cuyo uniforme había escamoteado tan ligeramente, lo encontraron detrás de unas tablas todo lo largo que era, con su boca muy perfectamente agarrotada, los ojos fuera de su órbita, respirando con pena, y sujeto con mucha solidez y destreza.

Como lo hemos dicho, Lambert celebró mucho la aventura. Le pareció duro el pensar que por un maldito contrabando, un héroe de novela, como Antonio lo era, se viera alejado de su hermosa, en el momento en que corría mas peligros.

Con tal que el pobre diablo haya llegado á tiempo, se decía algunas veces, pensando en su conversacion en la taberna de la Ecluse.

Cerca de tres meses se pasaron sin que oyera hablar ni de Pepindorio ni de la Casdami. Y no por falta de tomar informes por uno y otro lado de estos estimables personajes. ¿Pero cómo? la gendarmería y la policia, constantemente ocupadas en buscarlos no lograban descubrir sus huellas. Hubiera sido sorprendente que hubieran ido las noticias á buscar á Lambert á la oficina en donde pasaba la mayor parte de su tiempo.

Cierto domingo dejó la ciudad muy temprano y salió á caballo bien resuelto á indemnizarse con un largo paseo de sus sedentarios aburrimientos. Primeramente había tomado el camino de Arles, — pueblecillo que no debe confundirse con la capital de los emperadores godos, la metrópoli de la Gaula, la antigua *Arelata*, tan decaída de su grandeza, — pero cansado de ir por el camino real, Lambert echó por la izquierda y llegó á la aldea de Montalba. De allí, sin tomar un guia, y fiándose en su buena estrella, penetró en los montes por senderos cada vez mas escabrosos, que le daban ocasion de resolver á cada paso algun problema mas ó menos difícil. Media hora hacia que luchaba contra los obstáculos del terreno, complaciéndose en arrostrar los peligros á que se había expuesto voluntariamente, cuando se vió blanco de un ataque imprevisto.

De la cima de una roca, cuya base angulosa contorneaba con dificultad, una piedra enorme cayó dando saltos hacia el malaventurado ginete. Iban á perecer él y su caballo, sin la intervencion milagrosa de la Providencia que los libertó del peligro en apariencia inevitable. Una esquina del peñasco hizo desviar el proyectil mortal, que cruzó el estrecho sendero á dos ó tres pies de distancia detrás de Lambert y su caballo. El choque fué sin embargo tal, y el animal se espantó tanto, que con una violenta huida tiró al aduanero al suelo. En el momento en que se levantaba un poco aturrido con la caída, sin darse completa cuenta de este súbito accidente, el joven oyó una feroz carcajada, y alzando los ojos hacia el punto de donde partía, vió á una mujer, cuyo perfil oscuro se destacaba vivamente sobre el azul luminoso del cielo. Ella estaba en pié, en la cima de la peña, batiendo las palmas en señal de triunfo.

— ¿Y bien, *Jaracanalli*, qué te tenía dicho? le gritó... esto debía acabar mal... el *Bengue* me lo ha prometido... yo te he de matar... hoy ó mañana... eso no hace al caso.

Lambert no comprendía totalmente aquella singular imprecacion; pero iba acompañada de una risa estridente que reconoció sin dificultad. Además, no había descubierto la alta y nerviosa figura de la feroz gitana?

Aquel encuentro no era favorable, muy al contrario, y Lambert pensaba en los medios de evitar un nuevo golpe, cuando vió aparecer al lado de la Casdami á un hombre cuya actitud no presentaba ningún signo de hostilidad. Al revés, parecía que el recién venido comprendía con vehementes gestos á la indómita gitana, que lo escuchaba apenas, con los brazos desdeñosamente cruzados sobre la espalda.

— ¡Gracias, buen muchacho! le gritó Lambert cuando conoció sus caritativas intenciones. Te daré, si puedo la revancha... Entretanto, continuó, vén y te daré una peseta.

No era esta, preciso es decirlo en perjuicio de nuestro héroe, una promesa muy desinteresada. Acababa de aperebirse de que su pobre caballo, rudamente herido por los fragmentos de la piedra, tenía las ancas ensangrentadas y reclamaba un remedio instantáneo. Ahora bien, examinando con mayor cuidado al personaje á quien daba las gracias de lejos, había visto pendientes de su cintura las grandes tijeras del esquilador

bohemio. Estas insignias atestiguaban que el hombre que las llevaba era conocedor de toda clase de remedios y modos de curar á un caballo herido.

Luego que hubo comprendido, no las palabras, sino los gestos de Lambert, el hombre bajó, ó por mejor decir, se deslizó por la roca con una presteza y agilidad digna de un gato montés. En seguida echó una ojeada de hombre inteligente sobre el excelente animal, y murmurando entre dientes algunas palabras ininteligibles, lo cogió de la rienda sin mas cumplimientos para llevárselo consigo.

— ¡Poco á poco, camarada! exclamó Lambert que sospechó de aquel procedimiento, cogiendo la brida, que en honor de la verdad no le disputó el esquilador. Este comenzó á subir por una estrecha senda que serpenteaba á los costados de la roca sin prestar al parecer atencion á Lambert ni reparar en si este lo seguía ó se alejaba.

Su indiferencia en este punto determinó al joven aduanero. Rodeó su brida al rededor de su muñeca, y despues de alguna resistencia siguió, tirando de su caballo, las huellas del gitano.

Este lo condujo á una especie de plataforma natural limitada al Norte por la misma montaña, y por los otros tres lados por pendientes muy rápidas. Al llegar á ella, Lambert sintió un poco el trabajo que se había tomado, porque se encontró de improviso en frente de un campamento bohemio, asentado allí como una bandada de gaviñanes.

No sería fácil describir con todos sus detalles esta poblacion nómada construida en una hora y que una ráfaga puede arrebatarse: sus tiendas apoyadas en las peñas, sus marmitas esparcidas, rodeadas de utensilios de cobre; aquí una cuadra, es decir un palo clavado en medio de un monton de yerba, al cual están sujetos cuatro ó cinco rocinantes; allí una cochera, es decir tres ó cuatro carros mal guarecidos bajo un cobertizo de lienzo. Sobre un fuego de ramas secas, se prepara un pedazo de carne atravesada por un asador de madera. Los niños de la tribu andan al rededor olfateando el asado, y con los ojos animados con un apetito que necesita ser pronto satisfecho. La vieja cocinera, encargada de preparar la comida, deshoja en sus espaldas las ramas que va á echar al fuego para quitárselos de encima. Algunas mujeres, acurrucadas delante de las tiendas, componen y recosen con increíble paciencia las capas y zamarras de sus maridos, hechas giros. Otras tienden al sol una colada de variados colores, en que el ojo mas ejercitado distinguiría con trabajo la tela primitiva de un pañuelo, de una camisa, etc., etc. Todo esto en medio de gritos salvajes de aquel nido de aves de rapiña. Vestidos de harapos, cubierta la cabeza con gorros catalanes, que les caían por la espalda, con los pies desnudos, perdidos en pantalones muy anchos, los hombres forman grupos menos activos y menos habladores. La mayor parte, empleados en el trato de venta y compra de mulos y caballos, no tienen en aquel momento nada que hacer. Por acá y acullá, algunos viejos, cuyos ojos negros brillan todavía bajo cejas grises, mascan y ruman un pedazo de tabaco.

Con una rápida ojeada, Lambert abrazó el conjunto de aquel curioso cuadro. Buscaba al jefe de la partida, como se busca, estudiando una fisonomía, á percibir el rasgo característico, á darse cuenta de lo que promete bueno ó malo. Cuando lo vió, le ocurrió la idea de que había caído en manos de los mas abominables malvados del mundo; y si hubiera podido retirarse, Lambert no hubiera vacilado en huir.

Con efecto, rara vez había puesto los ojos, apesar de ser un parisiense, en una figura tan horrible como la del señor conde. Sentado al pié de un árbol que había encontrado bastante tierra, y bastante proteccion contra el viento de las montañas para crecer en aquella árida meseta, se le hubiera reconocido por su fealdad, aun cuando la extraña compostura de su traje no hubiera manifestado sus pretensiones á la suprema autoridad. El color encarnado brillaba y sobresalía entre los harapos que llevaba. Botones de cobre, de plata filigranada los adornaban por todas partes. Salpicaban su envejecido y remendado traje bordados de coloridos y negros. En su sombrero calañés traía una ancha cinta encarnada, y entre sus piernas tenía una carabina española.

Tal era este gran personaje, ocupado por el momento en morder el tubo de su pipa, cuyo picante sabor parecía que apreciaba con mucha inteligencia.

La Casdami, sentada junto á él, le hablaba con una volubilidad y un énfasis de mal agüero. Pero es menester hacer justicia á quien la merezca, el majestuoso soberano prestaba poca atencion, y oía con aire indiferente ó de disgusto las palabras de su terrible súbdita.

Aun mas, cuando el señor conde apereció á Lambert se levantó y dió algunos pasos hacia él. Obsequio era este muy grande, y tanto mas de agradecer cuanto que le costaba mucho. Además de que cojeaba horriblemente, tenía un brazo inutilizado y la cabeza envuelta en una venda salpicada de sangre. No por eso se mostró menos hospitalario con el extranjero que la casualidad le traía á su campamento, y Lambert en cambio tuvo buen cuidado de hacer alusion á las heridas que tenía. Por parte de una *casaca verde*, toda pregunta relativa á este asunto hubiese sido por lo menos indiscreta. Así pues, mientras el esquilador curaba su caballo, encerrado en un círculo formado por los notables de la tribu, que calculaban silenciosamente su incontestable valor, Lambert habló al jefe bohemio de cosas indiferentes. Únicamente se aventuró á que-

jarse, sin insistir demasiado en ello, de los irregulares procedimientos de la señora Casdami.

Esta insinuación fué recibida con perfecta indiferencia.

— No piense Vd. ya en esa bagatela, respondió sonriéndose el viejo caudillo. La pobre muchacha está *lili*... Es necesario transigir con sus caprichos.

Lambert creyó que era llevar muy allá la tolerancia, pero no manifestó esta inoportuna reflexión, juzgándose muy feliz, si lograba salir sano y salvo de aquella guarida de gente sospechosa.

— Ella me ha dicho que Vd. había sido uno de los que arrestaron á Pepindorio. ¿Es eso cierto?

La pregunta era delicada, y Lambert lo conoció muy bien. Para contestarla con toda seguridad hubiera sido menester adivinar el partido que quería sacar el señor conde de la declaración que provocaba de aquella manera. En todo caso, el aduanero tuvo por conveniente eludir una interpelección tan embarazosa.

— Arrestamos á mucha gente, replicó él, sin conservar sus nombres. No conozco el de la persona de quien me habla Vd.

No se equivocó el astuto bohemio acerca del verdadero sentido que tenía la contestación de Lambert.

— Vd. es prudente, *Jacaranalli*, repuso él. Pero no tiene Vd. que guardar ahora tantas precauciones. Pepindorio no es de los nuestros, y si por casualidad llega á caer en nuestras manos...

No concluyó el jefe de proferir su amenaza... pero su reticencia y la sombría sonrisa de que fué acompañada, decían mas que todas las fanfarronadas imaginables.

Lambert no tuvo por conveniente hablar con mayor claridad. La mala voluntad del bohemio podía ser una ficción.

— ¿Qué diría Vd., continuó este, si lo denunciase á la justicia por haber querido asesinar á su jefe, á un calor como él?... Pero no lo haré yo; la ley de los *cales* me prohíbe el entregarlo á los busnes... Lo que debe procurar es no ponerse al alcance de mi carabina, sino...

Y tomando el arma en la mano que tenía sana, apuntó, como con una pistola, á la Casdami, que estaba en pie á algunos pasos de distancia de los dos interlocutores. Ella acogió esta amenaza con una salvaje carcajada.

— Bien ve Vd. que está *lili*, dijo el viejo bohemio con tono mas suave... Por lo que respecta á Pepindorio, si Vd. lo vuelve á coger, y vuestros jueces quieren librar al país de su presencia, trate Vd. de saber en donde estoy yo... y avíseme Vd. el día en que salga de la cárcel... Yo me encargo de todo lo demás.

La Casdami se había acercado á ellos, y oído las últimas palabras del conde.

— ¡Eso es, *chachipé!* gritó ella. Y si haces eso, pídele á la Casdami todo lo que puedas desear... Por mi fe que lo obtendrás; aunque sea *min chabo*, el mejor potro de Córdoba, ó la jóven mas bonita de Perpiñan.

Estas promesas, hechas con mucha seriedad por una mendiga medio loca, encerraban cierta cosa fantástica, y atestiguaban una singular confianza de parte de la gitana en su poder sobrehumano. Lambert tuvo buen cuidado de no burlarse ó de manifestar acerca de ello la menor duda. Le convenia por el momento que los dos interlocutores lo asociasen á sus proyectos de venganza, y veía así el medio de salir del paso sin daño alguno. Consintió pues con su silencio mas que de otro modo, en las proposiciones del gitano, quien viéndolo de tan buena composición, volvió muchas veces á la carga.

— Ese miserable me ha puesto en el estado en que estoy. Y aun me libré por milagro con una cuchillada, una bala en la pierna y el brazo roto de un palo... Pero que yo los coja en sitio seguro... á él y su Pepita... no pido mas...

Cuando le trajeron el caballo, enteramente bueno, Lambert quiso, antes de partir, comprobar cierta suposición que, poco á poco, había ido tomando consistencia en su cabeza.

— Bueno es entenderse, dijo el conde, que renunciando á todas las susceptibilidades del rango supremo, le tenía humildemente el estribo para que montara. ¿Si sucediera algo que conviniera participárselo á Vd., de qué modo debo hacerlo?

— ¿Cómo? repitió el bohemio, casi escandalizado de la pregunta... ¿No ve Vd. todos los días á alguno de los nuestros? Llame Vd. al primer chalan que vea, busque Vd. en la esquina de una calle á cualquiera de nuestras *callies*; dígame Vd. con toda confianza lo que sea preciso repetir al punto á Simpreñé... Y no tenga Vd. cuidado de lo demás.

Con efecto, lo demás importaba poco á nuestro curioso.

Acababa de cerciorarse de que se las había con el padre de Pepindorio, cosa que sospechaba tiempo hacía.

Se alejó edificado acerca de la buena voluntad paternal, acerca de la ternura filial, que mediaban entre estos dos gitanos. La Casdami, comisionada para poner en buen camino al viajero, lo acompañaba silbando. Cuando llegaron á la vista de las primeras casas de Montalba, se deslizó detrás de él, y le dió un latigazo en las ancas al pobre caballo, que se puso á tirar coces, exasperado por el dolor. Mientras que Lambert, casi fuera de la silla por aquel súbito movimiento, trabajaba por mantenerse á caballo:

— Cumple tu promesa, le gritó la Casdami, siempre con insensata sonrisa; cumple tu promesa, si no quieres morir á mis manos.

## VI.

El camino de Argeles á Elne, que se extiende muy cerca de las olas del Mediterráneo, atraviesa un bosque que tiene escondidos en su espesura dos pueblos con el mismo nombre: el uno, Tajo de Aval, (se añade esta última palabra para distinguirlo de su homónimo) está en el mismo camino; el otro, perdido en el bosque, por decirlo así, es un miserable lugarejo sin atractivo para el transeúnte, y que de hecho, no recibe un forastero cada dos años.

Allí se cometió hácia fines del año en que habían ocurrido los sucesos de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, un crimen que provocó, no se sabe cómo, la susceptibilidad del tribunal, comunmente mal informado, cuando se trata de localidades tan desiertas como poco vigiladas. Un sustituto y un juez de paz debidamente esceltados por un sargento de gendarmes fueron á instruir el sumario con toda la solemnidad posible en aquellos parajes. Tres días consecutivos pasaron los dignos magistrados de la ley comiendo mal y acostándose en duro lecho, asediados por toda clase de insectos. De esta asiduidad laudable, de este zelo tan probado, resultó un proceso que vamos á analizar someramente.

A mediados de noviembre, dos desconocidos, hombre y mujer, pasaron una noche en casa de una pobre viuda, llamada Clayra, única posadera del pueblo. Cenaron y pidieron un cuarto de dormir. La viuda Clayra no estaba muy dispuesta á darles hospitalidad, porque durante su cena les había oído hablar en una lengua extraña, que le pareció ser la que usan los bohemios. Sin embargo, como habían pagado el gasto, no se atrevió á negarles nada, y pasaron la noche en su casa. La mujer estaba mala y muy adelantada en su embarazo. El hombre estaba inquieto por él y su compañera. Se informaba de las gentes que podían andar por las cercanías, de los que frecuentaban habitualmente este pueblecillo, en una palabra, sus preguntas revelaban que se creía perseguido, fuese por la justicia, fuese por una venganza privada.

La posadera no consideró esto mas que por el lado que á ella le concernia: bien segura de cobrar á sus huéspedes, hizo cuanto pudo por secundar sus deseos y ocultarlos de los demás.

Dos días despues del en que había recibido en su casa á los dos personajes, hácia las ocho de la noche se declararon los primeros dolores del alumbramiento en la desconocida viajera. No había un médico bastante próximo para que se pensara en acudir á su auxilio. Por otra parte, previendo lo que debía suceder, es decir, un éxito pronto, esta pareja había manifestado que no tenía necesidad de nada.

No obstante, despues de cuatro horas de padecer, la viuda Clayra juzgó conveniente recurrir á la experiencia de una de sus vecinas, y sin decir nada á sus huéspedes, salió de casa en su busca.

El jóven y su compañera se quedaron solos.

Por un concurso fatal de circunstancias insignificantes, explicadas extensamente en la sumaria, pero sobre las que debemos pasar con cierta rapidez, se vió precisada la viuda á permanecer fuera de casa mucho mas tiempo del que se imaginó. Volvió con la comadre hora y media despues.

Ahora bien, en este intervalo, una crisis favorable determinó el nacimiento de la criatura.

Pero en este intervalo había desaparecido el recién nacido.

Declaraba la viuda Clayra que el mismo bohemio la había noticiado esta circunstancia, que no podía explicar, y que lo tenía estupefacto. Había salido, decía, del cuarto en donde tenía lugar el parto, para coger en otra pieza inmediata algunos objetos indispensables. Diez minutos habrían trascurrido en buscarlos á tientas, en una mesa en que habían sido puestos á prevención. Cuando volvió al cuarto, la paciente estaba desmayada, y ya no se hallaba el niño en los lienzos en que lo había dejado.

Esta version tan singular debía despertar la idea de un infanticidio cometido, ó de comun acuerdo por los dos fugitivos, ó por el que parecía el marido, contra la voluntad de la mujer, ó en fin únicamente por la madre, sin la participación de su marido. La última de estas hipótesis era la menos admisible, puesto que en el tiempo dado, la mujer debía estar casi imposibilitada de moverse, cuanto mas de apartarse de allí y de tomar las disposiciones necesarias para hacer desaparecer á la criatura, inmolada por ella.

Cuando fué preciso mas tarde instruir de lo que había acontecido, le acometió un acceso de rabia, y pareció acusar á su marido, que, segun ella, tenía razones para arrebatarse el fruto de sus entrañas.

Este, turbado por las reprensiones que le dirigia, tan pronto en español como en la jerga de los bohemios, admitia al parecer que tenía en efecto motivos para desear su muerte, ó la desaparición del niño que acababa de nacer; pero afirmaba con muchos juramentos que no tenía la mas pequeña parte en el crimen que le imputaba su mujer.

Sus disputas acerca de este particular se habían renovado muchas veces durante los tres ó cuatro días que había pasado la parida en casa de la viuda Clayra. Durante este tiempo, esta y la vecina que se hallaba por casualidad al corriente de esta extraña aventura, habían registrado la posada, explorado los alrededores, preguntado á todo el mundo, á fin de convencerse de que la criatura no había sido asesinada. En ninguna

parte pudieron hallar rastro del infanticidio. Las sospechas no se veían confirmadas mas que por la desaparición del recién nacido; nada indicaba que el bohemio las engañaba y que fuese cómplice ó del rapto ó del asesinato que acababa de verificarse. Esta era, segun decían las dos mujeres, la razón que habían tenido para no denunciar el hecho inmediatamente, como lo hubieran practicado, si no hubiera sabido él convencerlas de su inocencia.

No necesitamos añadir que los magistrados, ménos fáciles de persuadir, no aceptaban estas inducciones favorables. En presencia de un delito, quizá de un crimen, bien comprobado, incontestable, y no admitiendo, como las dos comadres de Tajo, que el diablo había podido haber representado su papel, descubrían contra el bohemio mil presunciones á cual mas fuertes. La mayor de todas era la acusación de la madre, y las alusiones oscuras á las razones que este hombre había podido tener para hacer desaparecer el niño. Por esta causa no omitieron medio alguno para averiguar cuales debían ser aquellas razones, y trataron de que se les diera cuenta minuciosa de las disputas que habían tenido con este motivo la extranjera y su supuesto marido.

En la opinión de las dos mujeres que habían sido testigos de ellas, y testigos á veces invisibles, estas que-rellas tenían un carácter particular.

A las recriminaciones de su compañera, á sus preguntas, el gitano oponía una paciencia, una dulzura extraordinaria. Aun cuando hablaba el dialecto de su raza, el tono de su voz, sus gestos, indicaban el deseo de convencer con razonamientos irresistibles á la madre apasionada que le reclamaba su hijo. El referia, como lo había hecho al principio, los incidentes misteriosos de la noche, en que se había consumado el crimen. Repitiendo en cierto modo la escena ocurrida, obligaba á la jóven anhelosa y turbada á extenderse en el lecho que ocupaba en el momento de parir. Colocaba sobre la cama los pañales, en que había puesto al niño. En seguida entraba con pasos inciertos en el cuarto vecino. Allí permanecía el tiempo que había indicado á las dos mujeres. Salía de allí mas rápidamente, volvía hácia el lecho, hacia respirar alguna cosa á su compañera, luego se volvía hácia el sitio en que había dejado al niño, y con una pantomima expresiva, manifestaba la sorpresa, el trastorno que le había causado su desaparición.

Por lo comun, mientras hablaba, la jóven lo miraba con atención, escuchándolo sin interrumpirlo, tratando en cierto modo de creerlo, y penetrándose de los detalles que le daba con todas las apariencias de una entera sinceridad. Pero cuando había concluido de hablar, y ella se había quedado algunos minutos inmóvil y pensativa, bajo el encanto de esta enérgica palabra, meneaba la cabeza, y parecia enumerar todos los motivos que la inducían á conservar las dudas que procuraba el gitano destruir. Poco á poco perdía el jóven la paciencia. Despues de haberse contenido mucho rato respondía algunas palabras pronunciadas con enojo. La disputa se agriaba. Se temia que tuviese fatales consecuencias, porque era evidente que injurias, amenazas; siniestras profecías se cambiaban mutuamente. Luego sucedia que la jóven prorumpia en llanto y sollozos convulsivos, y el gitano, cesando de repente de abrir la boca, no prestaba oídos al parecer á lo que ella podía decirle.

Los magistrados quisieron por fin saber en qué términos se hallaban los dos viajeros en el momento de su partida.

— En verdad, respondió la viuda, á quien abrumbaban con el peso de sus preguntas, que no sabe una que decir. Me se figura que el hombre estaba incomodado y la mujer acobardada. Pero muchas horas hacia que no soltaban una palabra.

— Y á vuestro juicio, prosiguió el sustituto, ¿qué razones puede tener esa mujer para sospechar de su marido?

— Porque no es el padre del niño, monseñor.

— ¿Aparentaba él creer en la infidelidad de su mujer y quejarse de ello?

— Quejarse, no, però creerlo sí. Acaso, acaso no era tan siquiera su mujer, aunque no dejara ella de llamarlo su marido, su *rom*, como dicen los bohemios.

— ¿Son los gitanos muy tolerantes en estas materias? ¿Por ventura un hombre engañado mostraria, entre esas gentes, tanta indulgencia, tantas atenciones á su mujer?

— ¡Oh! no monseñor. Mucho mas fácilmente le daria con un cuchillo ó con un palo... Por eso debo decir que eso me había dado buena idea del jóven... ¡Caramba! no se encuentran todos los días maridos semejantes...

(Se concluirá.)

## Las visiones de la noche en los campos.

(Artículo cuarto. Véanse las págs. 181 y 182.)

El asunto no está agotado, quizá es inagotable, pues cada día trae consigo una revelación y arranca á este viejo mundo de supersticiones que dura aun en el fondo de las aldeas, una confesión de sus creencias, de sus temores, de su poesía.

Uno de mis compatriotas de Berry, M. Laisnel de la Salle ha publicado en estos últimos tiempos una serie de excelentes artículos que reunidos en un tomo formaría una historia especial de las tradiciones, preocupacio-



Las visiones de la noche. — El gran Bisiesto.

nes, modismos y locuciones populares de nuestros pueblos. Esta obra no es un resumen de narraciones de capricho, sino una investigación concienzuda de hechos nacidos de las creencias ó del hábito general de nuestros campos y lugares, y es además un trabajo que divierte y que interesa sin cansar un solo instante el espíritu. Con mucho placer hemos hallado en uno de los capítulos de ese libro, una mención explicativa del *gran Bisiesto* de que habíamos oído hablar repetidas veces sin poder adivinar su origen, que por cierto es bien sencillo. Pero por lo regular las explicaciones sencillas y naturales llegan cuando ya se han traído de los cabellos los comentarios mas extravagantes, como á mí me sucedió con este motivo. He aquí lo que dice:

« En las cercanías de la Châtre cree el pueblo que un genio maléfico (que llaman el *gran Bisiesto Bissêtre*) preside á los acontecimientos que ocurren en los años bisiestos. Se supone que cuando pare una mujer en el año en que *salta el Bisiesto*, infaliblemente da á luz una

niña ó dos gemelos, y permanece siete años sin tener hijos. » — « En Dijon, dice la Monnoye, el vulgo dice que

tiempo *desgracia, infortunio*. La perniciosa influencia del año bisiesto era proverbial en la edad media. »

— (Véase *Macrobe*. — Genin, *Lexique comparado*.)

En ciertas campiñas, el *Bisiesto* ejerce sin embargo otra influencia; corre por los campos, los estanques y los pantanos, y ahuyenta las calenturas que nacen de las emanaciones pestilentas.

En casi toda la Francia la gallina negra es un animal consagrado á los sortilegios nocturnos, pero en todo el valle Negro representa otro papel como vamos á ver ahora por el libro de M. Laisnel de la Salle.

« Ordinariamente, dice, cuando los hechiceros quieren tener una entrevista con el diablo, se van á la encrucijada de cuatro caminos, y con la gallina en la mano gritan tres veces: *¿ Quién quiere comprar mi gallina negra?*  — Ignoro la opinión de los antiguos sobre la gallina negra, pero sé que á un hombre dichoso le llamaban: *Gallina flius alba.* »

Después de haber leído el libro de M. Laisnel de la Salle hay poco que decir; sin embargo siempre queda



El barrendero de rocío.

*corre Bisiesto*, en esos años, y que no se debe emprender nada importante. La palabra *Bisiesto* significaba en otro



La gallina negra.



algo que recoger en un campo tan fértil como el de la imaginación popular.

El quebrador de leña es el fantasma de los bosques. Los leñadores no las tienen todas consigo cuando van por la noche á surtirse de leña en montes que no les pertenecen. Entonces se oyen ruidos extraños de lechuzas espantadas y de ramas que se parten al paso del jabalí por los matorrales. Entonces, y haciendo buen tiempo, se siente llegar un huracán rápido, inexplicable que barre la tierra y arranca de raíz los arbolillos tiernos, y por último entonces el gnomo de larga cabellera de líquen y de musgo, andando á largos pasos por entre las ramas de los árboles, se acerca al leñador imprudente y le dice: ¿qué estás haciendo?

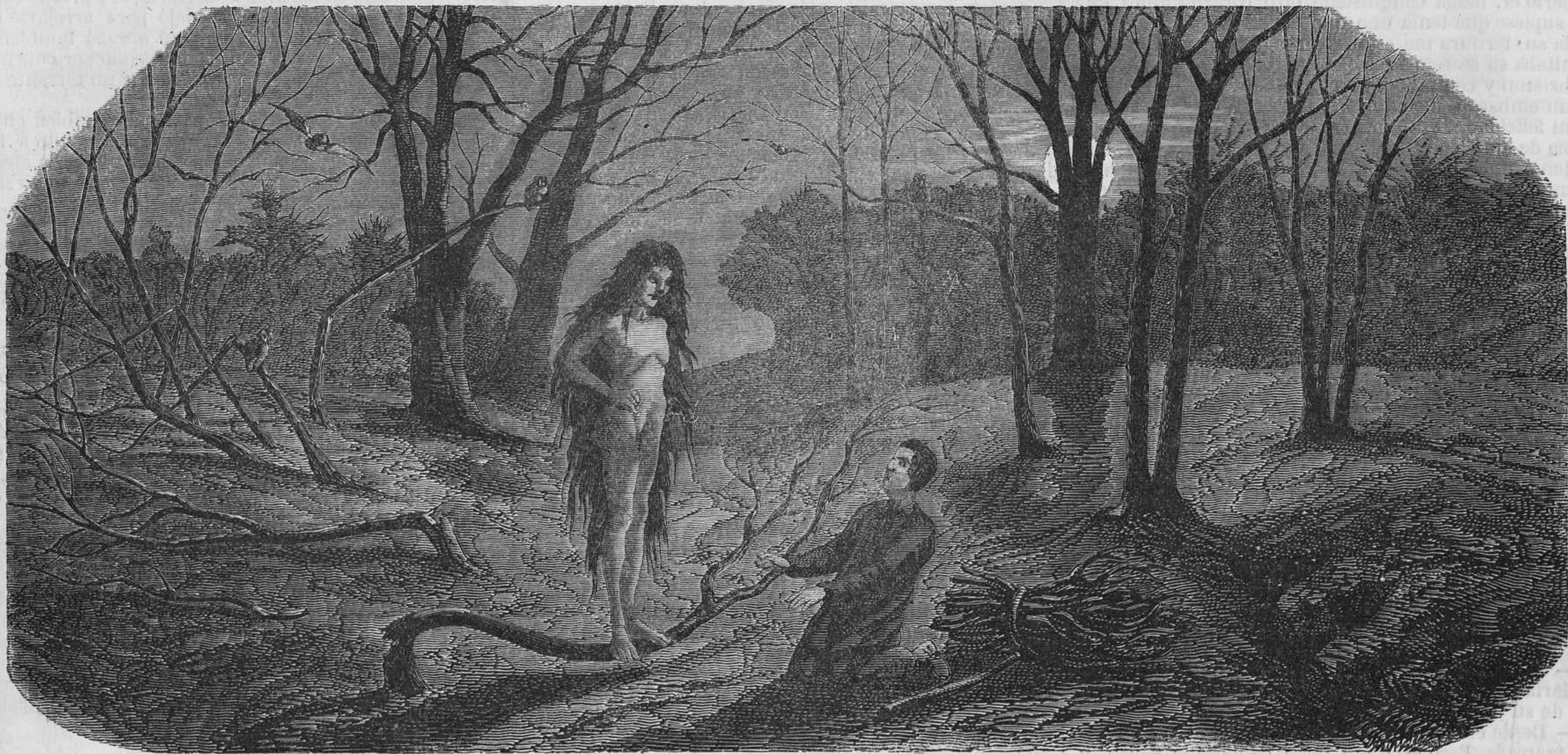
El barrendero de rocío



Las visiones de la noche. — El sembrador.

es un labrador matinal que pasea por los prados una manga á cuyo beneficio toda la humedad de una pradera pasa á la suya. Pero no se vaya á creer que con solo imitar esta sencilla operación podría obtener cualquiera tan brillantes resultados. Primeramente nunca es posible asegurar cuando á través del crepúsculo blanquecino se ve al operador que sea un brujo ó su criado esto es, el demonio que le sirve, y que lleva el traje de su amo. En todo caso hay que saber mucho para hacer fortuna por ese medio.

No hace mucho tiempo que hemos descubierto en nuestro país al sembrador de origen normando; en nuestra campiña se muestra favorable, y siembra detrás de los buenos labradores, pero es preciso no incomodarle, porque en este caso en vez



El quebrador de leña.

de sembrar trigo podría arrojar zizania.

El lupeux es un ente muy feo. Un amigo nuestro que atravesaba con un guía las estepas pantanosas del Brenne, oyó á poca distancia en el crepúsculo de la tarde una voz humana bastante suave que iba repitiendo de trecho en trecho con un acento algo irónico: ¡ja, ja, ja! Miró por todas partes y como nada descubriera, preguntó al guía:

— ¿Se rien de tí?

El guía nada respondió y continuaron andando. Pero la voz le seguía, y á cada movimiento de mi amigo se oía mas claro ¡ja, ja, ja! pero con tanta alegría y tanta burla que no pudo menos de reírse también de aquella broma.

— Callaos, por la misericordia de Dios, le dijo el guía apretándole el brazo; no habléis, ni



El Lupeux.

hagais como que habeis oído; si le respondiérais una sola vez estabamos perdidos.

Mi amigo que conocia muy bien el miedo de los campesinos, se calló y cuando estuvieron ya muy lejos del invisible burlon, le dijo:

— ¿Pero que es eso? ¿un pájaro, una lechuza?

— Sí, sí, respondió el otro, no es mal pájaro; es el lupeux; así principia siempre, por reír, pero luego saca á la gente de su camino, se dirige adonde hay agua, se enfada, y ahoga á los infelices que se dejaron seducir por su risa endiablada.

Desearíamos que M. Laisnel de la Salle nos hablara del lupeux, y que hallara la etimología del nombre, á cuyo beneficio se suele descubrir el origen de la tradición.

JORGE SAND.

## El combate de la vida.

HISTORIA DE AMOR, POR CARLOS DICKENS.

(Conclusion.)

Gracia habia caído casi desvanecida sobre un banco, y María arrodillada á sus piés la estrechaba en sus brazos, sonriendo y vertiendo á la vez torrentes de lágrimas, sin separar ni un solo instante sus ojos del rostro de su hermana. Los últimos rayos del moribundo sol iluminaban esta escena. En fin, María con una voz clara, sonora y deliciosa, en perfecta armonía con la serenidad del cielo, rompió el silencio, diciendo:

— Gracia, los felices tiempos de nuestra vida en que esta morada era nuestra morada querida, van á volver para siempre.

— No... no habéis todavía... interrumpió Gracia con palabras entrecortadas: no, no habéis, querida María; permaneced, permaneced por algunos instantes en silencio...

En los primeros trasportes, Gracia no tenia todavía la fuerza necesaria para escuchar esta voz querida.

— Sí, Gracia, continuó María, los felices tiempos en que esta era mi querida morada van á volver: sí, Gracia, yo le amaba con toda mi alma; le amaba tanto, que tan jóven como era, hubiera muerto gustosa por él. Ni un solo instante de mi vida he hecho traición á ese purísimo sentimiento que conservaba en el secreto de mi corazón, y que era para mí el mas precioso de todos; pero si después del tiempo transcurrido y de todo cuanto ha pasado pusiérais en duda la sinceridad de mis palabras, nada podría consolarme. Créeme: jamás le he querido tanto como la noche de mi partida.

Gracia, siempre inclinada sobre su hermana, no hacia más que mirarla y estrecharla en sus brazos.

— Pero... prosiguió María con una dulce sonrisa, sin saberlo él, habia conquistado otro corazón antes que yo supiese que tenia uno que darle. Ese corazón con toda su ternura me estaba consagrado; pero en vano ocultaba su secreto á los ojos de todos; los míos lo descubrieron y comprendieron toda la fuerza de su cariño. Y sin embargo, ese corazón se creía feliz sacrificándose á mi felicidad... yo habia comprendido todo su valor y sabia de qué inestimable precio sería para Alfredo, quien á pesar de su amor por mí, le apreciaba dignamente, y desde luego conocí cual debía de ser la línea de mi conducta. Yo tenia á cada instante en mi hermana un noble ejemplo que imitar, y lo que ella hacia por mí yo debía hacerlo por ella, y no habia noche en que al reclinar mi cabeza sobre el lecho no derramase algunas lágrimas. La noche fué larga; pero al fin cobré la fuerza necesaria para llevar á cabo semejante sacrificio. Por otra parte, yo recordaba siempre las palabras que Alfredo pronunció en los momentos de su partida.

He aquí lo que él decía y lo que vos habéis repetido mas de una vez: « En las luchas del corazón se consiguen victorias mucho más brillantes que las que se consiguen en el campo de batalla. » A fuerza de pensar en las grandes penas que han sido soportadas con valor, y de las gloriosas é incansables luchas del corazón, mi prueba me parecia fácil y ligera: sí, querida Gracia, Dios, que lee en el fondo de los corazones, y que sabe que en el mio no hay una gota de amargura que turbe la felicidad perfecta de que goza, me dió la fuerza necesaria para jurar que yo no seria nunca la mujer de Alfredo; que este seria vuestro esposo, si la resolucion que yo tomase obtenia el feliz resultado que me esperaba.

— ¡María, querida María!

María prosiguió estrechando contra su pecho el rostro de su hermana.

— Desde entonces aparenté hacia él una indiferencia marcada. Pero esta era tarea demasiado difícil, y vos tomábais su defensa con demasiado calor. Intenté hablaros de mi resolucion; pero vos ni queriais escucharme ni comprenderme.

La época de su vuelta se aproximaba, y yo temia la intimidad que volveria á establecerse entre nosotros. Por otra parte, yo sabia que una medida violenta nos ahorraria todas las consecuencias de una penosa y larga agonía, y resuelta por fin á partir el mismo dia que él llegase, escribí á mi tía Marta pidiéndole hospedaje en su casa, que me concedió con la mejor voluntad, á pesar de no saber entonces ni la parte mas insignificante de esta historia.

Entretanto y mientras yo hacia los preparativos de mi marcha, la casualidad condujo á estos lugares á Miguel Warden, que al mismo tiempo se hospedó en nuestra casa.

— ¡Ah, querida María! exclamó Gracia, muchas veces he pensado temblando en esa coincidencia. Yo sabia que nunca habiais amado á Warden, y temia que te hubieses casado por llevar á cabo y de un modo completo el sacrificio que has hecho por mí.

— Estaba entonces, continuó María, á punto de partir para un largo viaje. Después de haber abandonado la casa, me escribió para decirme la verdad pintándome su situación, sus proyectos para ofrecermé su mano. Habia comprendido, me decia, la inquietud que me causaba la vuelta de Alfredo. Creia sin duda que mi corazón no tenia parte alguna en ese proyecto de union, ó bien pensaba que yo habia dejado de tenerle... ¿qué sé yo todavía?... Sin embargo, yo queria probarle que estaba loca de amor por Alfredo; ¿me comprendéis ahora?

Gracia le miró con atencion, pero con cierto aire de incertidumbre.

— Yo ví á Warden, continuó María, y confiándome

á su honor, le revelé mi secreto la vispera de nuestra partida. El guardó ese secreto.

Gracia la miró de nuevo con el mismo aire de incertidumbre.

— Querida hermana, continuó María, coordinad vuestras ideas y escuchadme; no me mireis con ese aire tan extraño. Hay países en que los que desean abjurar una pasión funesta ó luchar contra los sentimientos de su corazón, buscan la soledad y colocan una barrera entre ellos mismos y los amores y las esperanzas del mundo. Cuando las mujeres hacen lo que nosotras hemos hecho, toman ese nombre tan para nosotras y se llaman hermanas. Pero, querido Gracia, ¿pueden encontrarse en el gran mundo en que vivimos, bajo la libre inmensidad del cielo, en medio de la muchedumbre agitada y en la vida, en fin, en donde ellas se esfuerzan por aparecer amables y útiles, pueden encontrarse, repito, hermanas que siguiendo los mismos destinos, y que con los corazones jóvenes aun y accesibles á todas las dichas y á toda clase de felicidad, pueden decir que el combate de la vida ha concluido ya hace tiempo despues de haber obtenido un completo triunfo? ¿Puedo decir yo eso? ¿Me comprendéis ahora, querida hermana?

Gracia miró á su hermana sin poder articular ni una palabra.

— ¡Oh Gracia, querida Gracia! continuó María apoyándose con mucha mas ternura sobre aquel seno, del que habia estado tanto tiempo separada, si no fuérais una dichosa esposa, una madre feliz; si Alfredo, mi buen hermano, no fuera adorado por vos, ¿de donde me vendria el placer inexplicable que experimento? Pero yo vuelvo tan pura como salí; mi corazón no ha conocido otro amor; mi mano me pertenece aun. Soy lo que era antes, la misma María, siempre cariñosa, y cuyo cariño os pertenece todo.

Gracia comprendió entonces, y en medio de un torrente de lágrimas y de sollozos se arrojó al cuello de su hermana, acariciándola como en los tiempos de la infancia. Cuando se recobraron de sus sentidos trasportes, notaron que el doctor y su hermana, la buena tía Marta, se encontraba cerca de ellas con Alfredo.

— Este dia no deja de encerrar alguna amargura para mí, dijo la tía Marta sonriendo y derramando algunas lágrimas, mientras abrazaba á sus sobrinas, porque en el momento en que la felicidad vuelva á reinar en esta morada, yo pierdo á mi sobrina; ¿y qué me podréis dar en cambio de mi dulce María?

— Un hermano convertido, dijo el doctor.

— Seguramente, replicó la tía Marta, que es alguna cosa... alguna farsa...

— Por Dios, no continúis, dijo el doctor con todo el aire de un arrepentido.

— Pues bien, sea, replicó la tía Marta: sin embargo, yo me considero perjudicada en los intereses de mi corazón. Yo no sé lo que será de mí sin María, despues de haber vivido algunos años con ella.

— Tú te quedarás con nosotros, contestó el doctor, y cesarán nuestras querellas, querida Marta.

— O bien se casará Vd., tía, dijo Alfredo.

— ¡Bah! no seria tal vez una mala idea si me casase, por ejemplo, con Miguel Warden, que, segun me han dicho, ha vuelto al país cambiado bajo todos aspectos, pero favorablemente; y como yo le conocí muy niño cuando ya era una mujer, no se ocuparia tal vez de mí. Tambien me decidiria á seguir á María y á vivir con ella cuando se casara; pero no aguardará mucho tiempo, y segun veo me encontraré en el caso de vivir sola. ¿Y qué dices de este proyecto, hermano?

— Yo, contestó el doctor, se me figura que este mundo es tan ridiculo que no se encuentra en él nada que no sea grave, respondió el doctor, sonriendo melancólicamente.

— Nadie lo creeria, respondió su hermana, viendo lo que pasa alrededor de nosotros en este momento.

— Es verdad, continuó el doctor abrazando á sus hijas, este mundo está lleno de nobles corazones: es demasiado grave á pesar de todas sus locuras y de las mias, que bastarian por sí solas para trastornar el universo. Un mundo del que debemos hablar con circunspeccion porque abunda en misterios sagrados, y solo Dios sabe lo que se encierra bajo la superficie de su mas humilde imagen.

Mi indiscreta pluma no seria bastante para describir los trasportes de esta familia reunida despues de una separacion tan dilatada. Pasaré en silencio toda digresion, y continuaré trayendo á la escena los personajes que ya conocen mis lectores.

— Con vuestro permiso, doctor, dijo M. Snitchey, presentándose en el pórtico del jardín, ¿podré entrar?

Y sin aguardar el permiso que pedia se dirigió á María, y le besó la mano.

— Si M. Craggs viviera, mi querida María, hubiera tomado una parte muy viva en el acontecimiento de hoy. Este acontecimiento, Alfredo, le hubiera hecho ver que la vida no era demasiado fácil, y que la mayor parte del tiempo se acomoda á la dulzura y comodidad que podemos proporcionarnos; pero... M. Craggs era un hombre que se convencía fácilmente... Pero... se me olvidaba... Mi mujer mistress Snitchey...

La señora Snitchey entró en el jardín, saludó á la familia, y llamando aparte á su marido, le dijo:

— No me gusta hablar de los que no existen.

— Ya lo sé, replicó madama Snitchey.

— Sin embargo, continuó su mujer, os diré que M. Craggs es muerto.

— Si, ya lo sé, interrumpió Snitchey.

— Permitidme no obstante, prosiguió la señora Snit-

chey, que os pregunte si os acordais de la famosa noche del baile: solo os pregunto eso; y si vuestra memoria no es infiel y no os encontráis en vuestro estado de vejez habitual, os ruego compareis lo que os pasó aquella noche y lo que pasa hoy... Acordaos con cuántas instancias os rogaba de rodillas...

— ¿De rodillas? interrumpió su marido.

— Sí, de rodillas; acordaos; os suplicaba desconfiáseis de ese hombre... Os encargué que observáseis su mirada, y os pregunto ahora: ¿tenia yo razon? ¿Craggs no os ocultaba un secreto?

— Señora, contestó por lo bajo M. Snitchey á su mujer, ¿habéis visto alguna vez alguna cosa particular en mi mirada?

— Nunca, jamás, respondió con sequedad la señora Snitchey.

— Esa noche, señora, continuó él tirando á su mujer por el traje, Craggs y yo poseiamos un secreto que no queriamos comunicar, y cuyo secreto tenia relacion con nuestra profesion. Así, mientras menos hablemos de esa circunstancia, tanto mejor, y deseo que mis palabras os inclinen á juzgar con mas justicia y caridad... Señorita María, os he traído una amiga... Venid, señora, añadió haciendo una señal.

Entonces Clemency, con el delantal en los ojos, entró lentamente en compañía de su marido.

— Y bien, señora, dijo el abogado interponiéndose entre María y Clemency, y dirigiéndose á estas.

— ¿Qué tiene Vd.?

— ¿Qué tengo yo? exclamó Clemency.

Al decir estas palabras levantó los ojos para manifestar la vergüenza que le causaba la pregunta de M. Snitchey, y quedó estupefacta al encontrarse delante la bellísima figura de la que creia muerta. Clemency al verla quedó como fuera de sí; gritó, lloró, sollozó, rió, y se arrojó en los brazos de María, la estrechó contra su pecho, y en seguida la dejó para arrojarle en los brazos de M. Snitchey, á quien abrazó tambien á despecho de la mujer de este, concluyendo por cubrirse el rostro con su delantal para derramar un torrente de lágrimas.

Empero, un extranjero habia entrado tambien en el jardín detrás de M. Snitchey, y parecia oculto á los ojos de todos en un ángulo de la puerta. Toda la atencion estaba fija en Clemency. Parecia que este extranjero no tenia empeño alguno en llamar la atencion, y su aire taciturno contrastaba con la alegría general.

La tía Marta fué la única que le vió, se dirigió á hablarle, y un instante despues se acercó á Gracia y María, y dijo á esta unas cuantas palabras al oido. María pareció conmoverse; pero recobrando su sangre fria se dirigió al lugar donde se hallaba el extranjero.

En este intermedio, Snitchey, sacando del bolsillo un papel que sin duda alguna era una escritura, se dirigió á M. Bretaña diciéndole:

— Os doy la enhorabuena: sois ahora el único propietario de la casa conocida con el nombre de la *Cáscara de nuez*. Por culpa de Miguel Warden, mi cliente, vuestra mujer perdió la casa donde estaba colocada, y hoy gana otra. Uno de estos dias tendrá el placer de pedirnos vuestro voto en las elecciones del comité.

— ¿Tendrá mi voto el mismo valor si cambio la muestra de mi casa? preguntó Bretaña.

— El mismo, contestó el abogado.

— En ese caso, dijo Bretaña, añadid las siguientes palabras: *El detal de costura*. ¿Me haréis este favor? En cuanto á este nuevo lema, yo le haré grabar por otro grabador.

— Ahora dejadme reclamar la parte que me corresponde acerca de esas máximas á que habéis hecho alusion, dijo una voz detrás de M. Bretaña.

— Era la voz de Warden.

— A vos, caballero Alfredo... y á vos, doctor, os podria haber hecho mucho mal; pero no hago mérito alguno por haberme abstenido de hacerlo durante una experiencia de seis años; yo ni soy mas sabio ni mejor que antes; sin embargo, he sufrido mucho durante ese tiempo. No tengo ningun derecho á vuestra benevolencia: he abusado de la hospitalidad de esta casa, y me avergüenzo de mi conducta. Las lecciones que yo he recibido han sido provechosas, y debo dar gracias á una persona (dijo estas palabras dirigiéndose á María) á la que pido humildemente perdon, reconociendo su mérito y mi iniquidad... Dentro de pocos dias dejaré estos lugares para no volver á ellos. Perdonadme. Haaced en fin lo que quisierais hiciesen por vosotros: olvidad y perdonad.

Hace algun tiempo que conozco la última parte de esta historia, y sé positivamente que Miguel Warden no dejó la comarca, y que en lugar de vender la casa, se estableció en ella, y tuvo una mujer que era el ornamento del país, que se llamaba María.

## Sir John Franklin y sus compañeros.

El último *Boletín de la Sociedad de geografía* trae una noticia de M. Petermann sobre la suerte de sir John Franklin y de sus ciento treinta y siete compañeros, que reproducimos por el interés que siempre inspiran las expediciones árticas, y sobre todo la de sir John Franklin. Dice así:

Un viajero muy conocido por sus excursiones á las regiones árticas, el doctor Rae, nos ha trasmitido hace algun tiempo, un relato espantoso sobre la suerte de la expedición del capitán Franklin. Pero los hechos que refiere son tan inesperados, tan inexplicables, tan

misteriosos, tan incompletos, que para aclararlos hemos juzgado conveniente recordar las circunstancias que pueden relacionarlos con hechos anteriores ya conocidos, y que podrán servir cuando ménos de guía á los que no han seguido detalladamente los esfuerzos considerables intentados hasta hoy en busca de esta infortunada expedición.

Si la narración de que hablamos es exacta, la terrible catástrofe, la destrucción de dos navios con sus tripulaciones debe haber acaecido en la parte mas inmediata y mas accesible de la América ártica, y cuyos alrededores, perpetuamente conocidos, han sido visitados y explorados en diferentes épocas.

Se sabe que la expedición del capitán Franklin abandonó las costas de la Gran-Bretaña en mayo de 1845, para hacer una nueva tentativa por descubrir el pasaje Noroeste. Tres años habian transcurrido sin haber recibido ninguna noticia, cuando se creyó necesario enviar en su busca otras expediciones, de las cuales la primera salió en enero de 1848, y las dos siguientes en marzo y junio del mismo año. La última, mandada por el capitán sir James C. Ross y el capitán Bird, recibió orden de seguir la pérdida expedición por el mismo camino que esta debió llevar; de dirigir su rumbo á través de la bahía de Baffin, y de explorar con la mayor atención las orillas del estrecho de Lancaster y de Barrow hasta la bahía Walker, en el Oeste, y la costa occidental desde North-Somerset y Boothia hasta las cercanías del polo Magnético descubierto por Ross en 1830.

Segun los indicios hallados en 1830, y que hasta ahora son los únicos que han podido descubrirse, la desgraciada expedición ha debido pasar el invierno de 1845 á 1846 en la isla de Bechey, á la entrada del canal de Wellington, y á distancia de unas 50 millas alemanas de la bahía de Baffin, hácia el Oeste. Si hemos de dar crédito á las noticias que el doctor Rae oyó á los mismos esquimales, sir John Franklin y su comitiva no habrían vuelto sino en la primavera de 1850 á la costa septentrional de la tierra del Rey-Guillermo, donde los esquimales distinguieron como unos 40 hombres blancos que venían á través del hielo, del lado del Norte. Esto constituye una distancia como de unas 75 millas alemanas, casi en línea recta, al Sud, del canal de Wellington, y la gente de Franklin debió dirigir su marcha á lo largo de las mismas costas que la expedición del capitán Ross tenia misión de explorar casi al mismo tiempo, es decir, durante los años de 1848 y 1849. Por desgracia esta expedición exploró las costas del Oeste en dirección al Sud, solamente hasta la mitad de su extensión, desde North-Somerset y Boothia, esto es, hasta unos 72 grados de latitud. No se halló en todo este espacio el mas ligero vestigio de la expedición perdida, y no fueron mas afortunados sobre la ribera opuesta, la que lleva el nombre de *Príncipe de Gales*, explorada en 1851 por el teniente Browne; siendo en extremo sensible que el capitán Ross no haya podido avanzar un poco mas hácia el Sud, donde, si son exactos los últimos informes del doctor Rae, hubiera debido encontrarse infaliblemente con los 40 hombres blancos; mas habiéndose dejado llevar, con el capitán Ross, de la creencia de que Franklin no podía haber visitado estos sitios, las indagaciones se separaron del buen camino, y desde este momento todas las expediciones, al alejarse del estrecho de Barrow, dirigieron su rumbo mas bien hácia el Oeste y hácia el Norte.

Un número muy reducido de personas, entre las cuales se hallaba lady Franklin, insistieron sobre la necesidad de visitar enteramente las regiones situadas en las cercanías de la tierra del Rey-Guillermo. Dos nuevas expediciones, preparadas por orden y cuenta de lady Franklin, recibieron el encargo de empezar de nuevo las investigaciones, la una en 1850, bajo el mando del capitán Forsyth, la otra en 1851, bajo la dirección de M. Kennedy y del teniente Bellot, y todos los hombres competentes fueron de opinion que ambas estaban perfectamente dispuestas para conseguir el objeto que se proponían. Pero un poder superior lo habia dispuesto de otro modo. Una y otra dieron la vuelta sin ningun resultado, y sin haber pasado del límite á que precedentemente llegaron las expediciones de Ross y de Browne; de modo que se enviaron cuatro expediciones hácia esta region en extremo accesible, y ninguna logró llenar el objeto de su misión.

Durante este tiempo todos se persuadieron á cual mas de la imposibilidad de que Franklin hubiese tomado esta dirección; y cuando en 1851, visitando en el Oeste la tierra de Victoria, situada muy cerca de allí, el doctor Rae encontró sobre la costa restos que apenas podían reconocerse, de un pabellon perteneciente á la marina real de la Gran-Bretaña, nadie quiso creer que estos despojos pudiesen provenir de los buques de Franklin; lo cual sería necesario admitir si se confirmase la relación del doctor Rae.

Respecto al grado de confianza que en general merece este documento, los objetos que han pertenecido á sir Franklin y á sus compañeros, y que el doctor Rae ha traído consigo mismo, nos ofrecen una prueba harto irrecusable por desgracia de que háy alguna verdad en el relato de los esquimales, ó por mejor decir, el hecho mismo nos habla sin dejar lugar á la incertidumbre; porque por los horrorosos detalles que encierra la narración de los esquimales, nos permite afirmar desde luego, por lo que sabemos acerca del carácter de ese pueblo, que no son nada fidedignos. Pero cuando se examina por las leyes de lo verosímil, la manera y circunstancias de la catástrofe y los lugares

que la presenciaron, encuéntrase entonces mas de un detalle inexplicable y misterioso.

La primera circunstancia es que si los dos buques, en el momento en que se perdieron, hubiesen llegado en el Sud hasta la tierra del Rey-Guillermo, los hombres de las tripulaciones no se habrían vuelto por el Norte hácia el estrecho de Lancaster, frecuentado siempre por los pescadores de ballenas, en lugar de marchar hácia el Sud en dirección de la bahía de Hudson, que, como sabian muy bien por experiencia propia muchos de los hombres de la expedición, era el partido mas desesperado que se podía tomar. En efecto, es preciso no olvidar que en 1832 se salvó de esta manera el capitán Ross, dejando su buque á 72 grados de latitud Norte, y se acampó en estos lugares durante cuatro años.

La segunda circunstancia es que no hayan hallado ningun vestigio de ellos en el North-Somerset. Sin embargo, eso puede explicarse por el hecho de que sin tocar á esta costa, atravesaron felizmente con sus buques el estrecho de Peel, situado entre este lugar y la tierra del Príncipe de Gales, y que donde se perdieron fué mas lejos, hácia el Sud.

La tercera es que, reducidos, como se pretende, á una penuria tal que murieron de hambre, no hubiesen pensado en visitar la ensenada Fery, en el North-Somerset, distante cerca de 50 millas alemanas de la tierra del Rey-Guillermo, con el fin de recoger las provisiones que abandonó en 1833 el capitán Ross, y que hallaron Kennedy y Bellot en el mismo estado en que Ross las habia dejado veinte años ántes completamente intactas y perfectamente conservadas.

La cuarta es que las noticias de los esquimales no hayan llegado á Europa sino recientemente, es decir, cuatro años despues de la catástrofe, á pesar de que muchos viajeros se hayan acercado en diferentes ocasiones tanto como el doctor Rae del teatro donde tuvo lugar el acontecimiento.

La quinta es que, en una partida de ciento treinta hombres de lo mas escogido de la marina inglesa, completamente pertrechados de armas, de municiones, de brújulas y de otros objetos, acostumbrados á largos viajes á las regiones árticas, ni uno solo consiguiese llegar á una de las colonias mas próximas de la bahía de Hudson.

Por otra parte, en las actuales circunstancias, es imposible de dar importancia al hallazgo del asta de la bandera hecho en agosto de 1851 por el doctor Rae en la tierra de Victoria, situada precisamente en frente de la del Rey-Guillermo (68 grados 52' latitud Norte, 103 grados 20' longitud occidental del meridiano de Greenwich), y de no tener por inverosímil, en presencia de este hecho, el que los buques de Franklin hayan estado en estos parajes. No obstante, debemos recordar al mismo tiempo que los esquimales hallados últimamente por el doctor Rae no pudieron darle ninguna explicación sobre el origen de este despojo. El pensamiento se transporta involuntariamente hácia otra narración precedente tambien de boca de los esquimales, pero mas al Oeste, por el capitán Mac-Clure. Al llegar este viajero del estrecho de Behring, en agosto de 1850 (el mismo año de la muerte de los cuarenta hombres blancos), se dirigia hácia el Este, á lo largo de la costa ártica de la América septentrional, y queriendo tomar tierra en las cercanías de la bahía Bathurst, al Este del río Mackenzie, distinguió dos naturales que para que se retirara le hacían ademanes amenazadores. Cuando á fuerza de mucho trabajo se consiguió calmarlos, dijeron que tan pronto como habian distinguido su buque, toda la tribu habia huido, á excepcion del jefe y de su hijo que á la sazón estaba enfermo. La causa que les obligaba á obrar así, era el temor de que el buque quisiese vengar la muerte de un blanco que ellos habian muerto hacia algun tiempo. Dijeron tambien por medio de un intérprete que se hallaba á bordo, que algunos hombres blancos que venían á bordo de una chalupa, habian desembarcado en su playa y construídose una casa donde vivian juntos; mas habiendo muerto los naturales á uno de estos extranjeros, los demás huyeron, sin que ellos pudiesen decir en qué dirección. La víctima de este asesinato fué enterrada en un lugar que ellos indicaron.

El capitán Mac-Clure añade que cuando se disponia á ir en busca de la sepultura, una espesa niebla se lo impidió obligándole á desistir de su empeño y á volverse á bordo. Es en extremo sensible el no haber podido comprobar la exactitud de esta narración; porque es difícil admitir que los naturales mismos se acusaran de un crimen que en realidad no habian cometido, sobre todo cuando se reflexiona que ya en 1848 los empleados de la compañía de la bahía de Hudson habian traído de estos mismos parajes y publicado en Inglaterra una noticia parecida.

Si despues de esto se considera que entre los esquimales la mentira es reputada como una virtud, y que es imposible dar entera fe á sus narraciones, fácilmente se convendrá en que las noticias del doctor Rae no han levantado el espeso velo que nos ha ocultado hasta hoy el trágico fin del capitán Franklin; pero no es ménos cierto que las historias de estos habitantes ofrecen un punto de relación mas reciente y una nueva dirección á otras investigaciones que hacen esperar un resultado mas satisfactorio. En efecto, parece fuera de toda duda que dos buques y ciento treinta y ocho personas han debido dejar otros indicios mas seguros que los pocos objetos conservados por los esquimales y traídos por el doctor Rae.

Tal vez el doctor Rae no ha estado mas de cincuenta

millas alemanas distante del teatro de la horrible catástrofe; pero probablemente deseoso de enviar noticias á Inglaterra sobre el destino de Franklin... tal vez tambien excitado por el deseo de provocar pesquisas mas completas, no pudo transportarse á los lugares donde habria podido cerciorarse de la verdad de la narración de los esquimales.

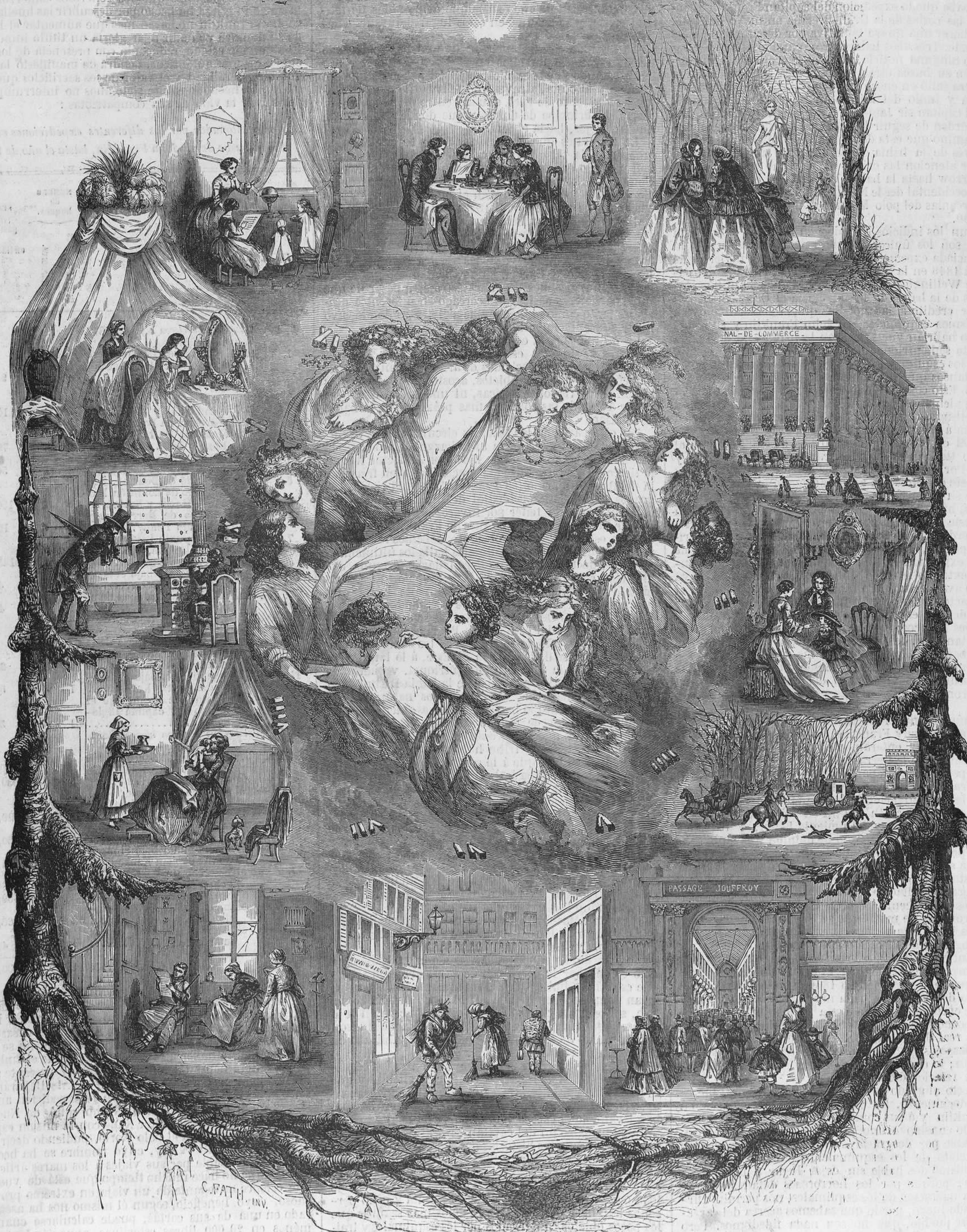
La elevación y nobleza del carácter inglés nos ofrecen la seguridad de que tal vez muy pronto se dispondrá la salida de una nueva expedición, bajo las órdenes del mismo doctor Rae, para averiguar lo que hay de cierto en las noticias recogidas últimamente; pero desde ahora decimos que los generosos esfuerzos que la nación inglesa ha hecho por descubrir las huellas del capitán Franklin no harán mas que aumentar el brillo de su nombre y añadir á su gloria un título inmortal. El siguiente estado, redactado con presencia de los documentos mas auténticos, pondrá de manifiesto la inagotable liberalidad y el valor de los sacrificios que esta nación ha hecho durante siete años no interrumpidos por salvar la vida de sus compatriotas:

Gastos ocasionados por las diferentes expediciones enviadas en busca de sir John Franklin, hasta el año de 1854.

INDICACION DE LAS EXPEDICIONES.	NUMERO de buques.		SUMAS gastadas en lib. sterl.
	Buques mayores.	M. menores.	
<b>A. Expediciones que tuvieron lugar en 1848, 1849 y 1850.</b>			
1. Exped. al estrecho de Behring, bajo el mando Kellett, Moore y Pullen.....	2	4	92,466
2. — á las costas árticas de la América del Norte, bajo el mando Rae y Richardson.	»	4	10,000
3. — al estrecho de Barrow, bajo el mando de los capitanes Ross y Bird.....	2	»	70,000
4. — al mismo punto bajo el mando del capitán Saunders...	1	»	50,000
5. — al estrecho de Behring, bajo el mando de Collinson, Mac-Clure, Moore y Kellett....	»	4	150,000
6. — al estrecho de Barrow, bajo el mando Penny.....	2	»	15,000
7. — al mismo punto bajo el mando de Austin, Ommaney, Osborn y Cater.....	4	»	145,000
8. — al mismo punto bajo el mando de John Ross.....	1	»	4,000
9. — al mismo punto bajo el mando de Forsyth.....	1	»	4,000
<b>B. Expediciones que tuvieron lugar en 1851 y 1852.</b>			
10. Exped. á las regiones árticas de la América del Norte, bajo el mando de Rae.....	»	1	2,000
11. — á Regent Inlet, bajo el mando del capitán Kennedy...	1	»	5,000
12. — á la bahía de Baffin, bajo el mando del capitán Inglefield.....	1	»	5,000
<b>C. Expediciones que tuvieron lugar en 1852, 1853 y 1854.</b>			
13. Exped. al estrecho de Barrow, bajo el mando del capitán Belcher.....	5	»	250,000
14. — al estrecho de Behring, bajo el mando del capitán Maquire.....	1	»	20,000
15. — al mismo punto bajo el mando del capitán Trollope...	1	»	50,000
16. — al mismo punto bajo el mando del capitán Kennedy...	1	»	4,000
17. — al estrecho de Barrow, bajo el mando del capitán Inglefield.....	2	»	60,000
18. — al mismo punto bajo el mando del capitán Inglefield..	2	»	60,000
19. — al istmo de Boothia, bajo el mando de Rae.....	»	1	4,000
Totales.....	31	10	1,000,466

En otra ocasion tal vez demostraremos la utilidad práctica de estas nobles tentativas, y de cuanto valor son para la ciencia. El interés que han despertado hácia las regiones árticas es tal, que á pesar del desastroso fin de la expedición del capitán Franklin, no se retrocederá hasta haber atravesado y explorado el ámbito polar, enteramente desconocido hasta el presente; y desde ahora nos prometemos que pronto llegarán á Europa las interesantes noticias de la expedición americana que en mayo del año último salió de Nueva York á las órdenes del doctor Kane con la misión especial de avanzar hasta el polo Norte, pudiendo decir lo mismo del capitán Penny, cuyo nombre se ha hecho muy recomendable por sus viajes á los mares árticos. Se sabe que no hace mucho tiempo que está de vuelta este célebre navegante de un viaje en extremo provechoso, cuyo beneficio, segun él mismo nos ha asegurado en una de sus cartas, puede calcularse cuando ménos en 20,000 libras esterlinas, anunciándonos al mismo tiempo su intencion de emprender muy pronto un viaje de descubrimientos.

Las horas parisienses.



C. FATH. INV.

Horas del dia.

Las horas parisienses.



Horas de la noche,

## La toma de Constantinopla por Mahomet II (1).

Ninguna capital se hallaba mas favorecida por la naturaleza que Constantinopla para defenderse, contra el ataque y el asalto de todo un pueblo. La geografía habia hecho de ella una ciudadela, y los mil años de poder de sus emperadores y el arte de sus ingenieros, habian completado la obra de la naturaleza. En otro tiempo *Bizancio*, despues *Ciudad de Constantino*, *Istanbul*, ó complemento de Islam, para los musulmanes, *Farruk* para los árabes, esto es, ciudad que separa dos continentes, y *Umedunga* ó *Madre del mundo* para los turcos, Constantinopla hoy, ha cambiado de nombre sin cambiar de importancia: es la capital escrita en la tierra por el dedo de la Providencia, no para un imperio, sino para un hemisferio.

Políticamente, Constantinopla, une á la Europa y al Asia bajo un cielo espléndido y sobre cuatro mares; militarmente, es un campo fortificado para atacar, y una isla para defenderse. Con una simple ojeada basta para conocer su majestad y su fuerza.

A la extremidad del vasto golfo del mar interior de Mármara (Propóntide), golfo que se abre y se cierra por el estrecho de los Dardanelos en el sitio en donde el mar de Mármara se redondea para dormir entre los dos continentes sobre la última playa de la tierra de Europa, que se diría alarga dos brazos para abrazar por enfrente al Asia, el navegante sigue con los ojos una vasta llanura ondulada que fué en otro tiempo la Tracia, granero del imperio de Bizancio. Un poco ántes de acabarse en la mar, esa llanura se eleva suavemente en una cadena de siete colinas que apenas se reconocen hoy bajo los edificios que las nivelan como las siete colinas de Roma. En la cúspide y á los lados de esas colinas insensiblemente sobrepuestas, desde la playa del mar de Mármara por un lado, hasta la playa del Cuerno de Oro por el otro, se extiende la ciudad de Constantinopla. Las murallas exteriores con la base en las olas; las azoteas de las casas, las cúpulas de las mezquitas, las agujas de los minaretes, las copas sombrías y puntiagudas de los cipreses, la ponen hoy de manifiesto en toda su longitud al ojo del viajero; el *Pentapyrgion*, castillo de las Siete Torres, la *Acropolis*, ó lo que es hoy el jardín del serrallo, la cúpula de Santa Sofía, las azoteas y los campanarios de ochocientos monasterios, los tejados dorados del palacio de Blakernes mansion predilecta de los emperadores, los arcos monumentales de Cynegeion ó del anfiteatro de los combates de las fieras, los muelles de los puertos de Teodosio y de Juliano en el Propóntide, los muros de mármol del palacio de *Bucolion*, cuyo nombre escribian sobre el pórtico un león y un buey esculpidos, por último los obeliscos, las columnas y las estatuas aéreas que se elevaban de distancia en distancia destacándose entre los palacios, los templos y las casas sobre el azul transparente de las grandes plazas públicas, mostraban en aquel tiempo su perfil á las miradas de los navegantes del Propóntide.

Despues de haber pasado junto á los muros, por las siete puertas monumentales y por los dos puertos artificiales de esa playa, el mar de Mármara, que se estrecha de repente en la punta de la *Acropolis* antigua ó del serrallo moderno, parece cerrar el paso á los buques permitiendo que la Europa y el Asia se confundan; pero á pocas oleadas mas allá la ilusión se desvanece, el Asia y la Europa se separan alejándose algunos miles de pasos, y se abre un ancho canal, parecido á la confluencia de tres rios, que marca el contorno de la punta de Europa. Allí declinan en una pendiente suave y verde los tenebrosos jardines de cipreses del serrallo; allí la *Acropolis* de Constantino alzaba sus bastiones y sus torres sobre las copas de los plátanos.

A una corta distancia de esa confluencia se descubre á la derecha el Bósforo de Tracia, encajonado como un rio entre dos promontorios cargados de pueblos, que huye serpenteando bajo las rocas abrigadas por la sombra de los bosques hasta el mar Negro, y se ve tambien á la izquierda entre los muelles de la Constantinopla antigua y la poblacion continua de Tofana, de Pera y de Gálata, una rada espaciosa inmensa y honda que llega hasta el corazon de ese golfo y que coloca de ese modo á Estambul entre dos mares. El riachuelo *Ryndacus*, hoy *Arroyo de Aguas dulces* de Europa, baja de las colinas de Tracia por entre los prados de un valle, y entra en el golfo en el fondo del panorama. Esa mar interior, encorvada en forma de asta de buey para envolver sus promontorios, se llamaba entonces el Cuerno de Oro, sin duda por alusion tambien al cuerno de abundancia que derramaban los buques de tres mares en el puerto de Bizancio.

Pero en la época en que Mahomet II sitiaba á Constantinopla, la ciudad imperial se acababa en el *Syndacus*, y no se esparcía como ahora en las colinas de Gálata, de Pera, de Tofana y del Bósforo; solo ocupaba la península de las Siete Colinas, cerrada con el Cuerno de Oro por un lado, y por el otro con el mar de Mármara, que juntan sus olas para cubrir la punta del serrallo.

(1) Tomamos este brillante cuadro del tomo tercero de la historia de la Turquía de Lamartine, dispensándonos aquí de todo elogio acerca de esta obra, porque la muestra dice por sí sola mucho mas que podrian decir nuestros comentarios; solo si recordáremos á nuestros lectores que todo suscriptor al *Correo de Ultramar* puede adquirir, por la mitad de precio, los seis ú ocho volúmenes de que constará la traduccion española.

Desde el cauce del *Syndacus*, en el fondo del Cuerno de Oro hasfa el castillo de las Siete Torres, en la orilla del mar de Mármara, habia una muralla doble y continua, precedida por el lado de la Tracia de un foso siempre inundado con el agua de ambos mares, y coronada con torreones cuadrados que eran otras tantas fortalezas. Esta muralla ocupaba un espacio de siete mil piés de longitud desde el fondo del Cuerno de Oro al Propóntide, y completaba el aislamiento inexpugnable de la capital. La naturaleza habia hecho de ella una península, la mar un puerto, la política una isla y las colinas una fortaleza. El imperio griego, como si hubiera previsto un dia su caída, parecia haber querido encerrar todos sus monumentos, todas sus obras maestras y sus riquezas en una *Acropolis* en la punta mas lejana del continente de Europa, desde donde huia de los bárbaros para encontrarse con los conquistadores.

■ Esa muralla continua por el lado de la Tracia de un grueso de veinte codos, llena de torreones y erizada de almenas, se abria por medio de arcos monumentales y por medio de puentes suspendidos sobre los jardines y las huertas de la llanura. Los grandes caminos militares ó comerciales de la Europa, desembocaban en sus puertas de varias provincias, á saber: la puerta de los Búlgaros, la puerta de Andrinópolis llamada entonces *Polyandria*, á causa de la muchedumbre que obstruia continuamente sus bóvedas, la puerta de San Roman, la mas monumental y la mas adornada de todas, que los turcos llaman hoy la puerta del Cañon, en memoria del cañon gigantesco de *Orban* que tiró contra sus torres, y por último, la puerta de Oro, por donde pasaban los ejércitos, y cuyos bajos relieves y estatuas de bronce dorado, cambiaban en un arco de triunfo. Bajo esa bóveda pasaron Narses, vencedor de los godos, Heradio, campeón del imperio enervado ya contra los persas, Juan Zimisceo y Nicéforo Focas triunfador de los sarracenos, y Basilio II conquistador de la Bulgaria.

Desde aquel último triunfo esa puerta se hallaba tapiada como si la victoria hubiese abandonado para siempre al imperio. Una profecía popular anunciaba que los cristianos latinos pasarían por aquel arco para entrar en Constantinopla. Esa puerta de mal agüero inspira aun á los turcos de nuestro tiempo los mismos temores que inspiraba ántes á los griegos, y continúa tapiada todavía.

Mil rumores nacidos del temor, de la ociosidad y de la superstición de los claustros, intimidaban ó tranquilizaban alternativamente á los griegos de Constantinopla, juguetes en todo tiempo de su imaginación vana y quimérica. Los unos decían que los turcos penetrarían en la ciudad hasta la plaza del Toro, llamada así de un grupo de bronce que habia en ella, pero que llegados allí, los griegos recobrando ánimo y volviendo contra sus vencedores, volverían á conquistar el imperio con su capital; otros anunciaban que se habian hallado en el monasterio de S. Jorge, cerca de la *Acropolis*, unas tablillas milagrosas que contenían una lista muy larga de los nombres de los emperadores, pero que despues del nombre de Constantino la tablilla estaba rota, y que la ausencia de nombres mas abajo significaba el fin del imperio; por último, otros contaban que Huniade, el héroe de los húngaros, se encontró con un viejo en la noche que precedió á la batalla de Varna, como Bruto en Filippos, y que este anciano profético le habia dicho: « No se salvarán los cristianos » mientras los otomanos no hayan exterminado á los griegos cismáticos. »

Mientras pesaban tan siniestros presentimientos sobre el alma afeminada de los bizantinos, otros presentimientos muy distintos inflamaban el corazon hinchado de promesas de los soldados de Mahomet II, por el Coran, que es la única profecía que ellos admiten. « ¿ Conoceis, dice el Coran, esa ciudad que mira por » dos partes al mar y por otra á la tierra? Pues caerá, » no por la fuerza de las máquinas de guerra, sino por » la omnipotencia de estas palabras: No hay mas » Dios que Dios, y solo Dios es grande! El mayor de » los principes, añadía el Coran, es el que lleve á cabo » esa conquista, y el mayor de todos los ejércitos será » su ejército. »

Las tropas otomanas alentadas por estos vaticinios y por el espectáculo de aquella multitud de tiendas que cubrian las colinas y la llanura de Tracia, desde la playa del Propóntide hasta la embocadura del mar Negro, como una circunvalacion viva, tenían fe al mismo tiempo en el milagro y en la fuerza numérica. Sin embargo, la buena situacion de los lugares, la profundidad de los fosos, la elevacion de las murallas, el cerco que formaban las olas, la fama de inexpugnable que tenia la ciudad, y hasta la historia de los muchos sitios, todos infructuosos que habia sufrido Constantinopla, no dejaban de inspirar alguna inquietud á Mahomet y á sus generales. Veinte y nueve veces desde su fundacion, Constantinopla habia visto á sus enemigos al pié de sus murallas. Pausanias, Alcibiades y Leon general de Felipe de Macedonia; los emperadores romanos Severo, Máximo y Constantino, Chorroes rey de los persas; Bayan, el jefe de los ávaros; Crume, el César de los esclavos; Ascoldo, el Timur de los rusos, los árabes y los búlgaros; Dándolo, el general de la confederacion de los cristianos latinos cruzados contra los griegos lo mismo que contra los kalifas; Miguel Paleólogo y Comnene en las guerras intestinas por el trono; y por último, Bajazet Hderim y Amurat II el padre de Mahomet, habian probado ya la fuerza de sus murallas. En veinte y uno de estos veinte y nueve sitios habia salido triunfante Constantinopla. Los socorros del oc-

cidente cristiano podian llegarla por dos mares, y temiendo esto, Mahomet II volvia sin cesar sus ojos hácia la mar, esperando ver que desembocaban por los Dardanelos nubes de velas cristianas infundiendo el valor y llevando las armas de la Europa á ese campo de batalla de la cristiandad. Bajo este supuesto habia mandado á su flota, que pasara de Galipoli al Bósforo de Tracia para ponerla al abrigo del cañon del castillo que acababa de construir, donde á beneficio de una honda rada del Bósforo, encajonada entre altas rocas fortificadas, podia permanecer encerrada hasta el dia en que fuera conveniente que surcara los mares. Las maderas y los aparejos que se podian traer por el mar Negro, le permitieron elevar al número de quinientas galeras pequeñas el total de buques de su flota.

Las radas de Balta-Liman y de Beschiktasch, hoy enseñadas apenas suficientes para las barcas de cabotaje, y que reflejan en sus hondas los palacios de verano de los sultanes, se habian vuelto sus dos arsenales de construcciones navales. Poco seguro de la experiencia y del valor de los otomanos sobre la mar, no queria que se aventurasen sus buques en las anchas aguas del Propóntide, donde las maniobras de los cristianos darían demasiada superioridad á sus buques; únicamente se proponia impedirles que entraran en el Cuerno de Oro, y queria oponer á sus embarcaciones un muro flotante de galeras apoyado por un lado sobre la costa de Scutari, y por el otro sobre la punta del serrallo ó de la *Acropolis*.

Pero hasta entonces eran infundados esos temores. Las potencias cristianas, excepto algunos generosos aventureros de guerra sin otra religion que el honor de sus armas, se regocijaban con la próxima caída de la capital del cisma griego, justamente expiado, segun los latinos, por las armas de los turcos. Un enviado de Huniade, envejecido y cansado, llevaba en aquel momento á Mahomet II, un tratado que se debia firmar entre los otomanos y los húngaros. Este enviado húngaro negociaba en las tiendas del sultan, sin interesarse por los griegos, al contrario, hablaba altamente de sus deseos de que cayera pronto su ciudad, asistia á los consejos de guerra de Mahomet, buscaba con él los puntos mas débiles de la defensa, y hasta indicaba á los turcos el sitio en donde el cañon de Andrinópolis abría la brecha mas ancha para los genizaros del sultan. Todos hacian traicion á Constantinopla, aun aquellos que fueron en otro tiempo sus hermanos de armas. « Un húngaro, dice la historia, habia fundido los cañones, y un húngaro enseñó á los turcos á manejarlos. »

■ La ciudad poblada de trescientas mil almas, no suministraba al emperador mas que un corto número de verdaderos soldados. El gran maestre de ceremonias, aquel Franzes que llevaba el registro en el palacio de su desgraciado amo Constantino, cuenta únicamente sobre las armas cinco mil griegos, y cinco ó seis mil extranjeros auxiliares, que el protortator Justiniani, noble genovés, habia reclutado para el emperador y organizado para la defensa de la capital. A esto debemos añadir un puñado de espartanos y de albaneses, llamados de Morea y del Epiro por Constantino, su antiguo general, para que suplieran con su intrepidez la inercia de su pueblo. La corte servil de los emperadores, lo enervado de la nobleza, lo afeminado del clero, el encarnizamiento de las facciones que prescindían de todo patriotismo, el número incalculable de religiosos y religiosas, que agotaba la poblacion en su fuente, el espíritu del claustro que solo ocupaba el alma de los habitantes de pasiones teológicas, las supersticiones que de los claustros se habian esparcido entre las masas del pueblo, y que le hacian esperar su salvacion de la intervencion de la Virgen milagrosa de la *Acropolis*, mucho mas que de los esfuerzos de su emperador, habian diezmando las fuerzas de Constantino que iba á combatir en favor de un pueblo que no combatia ya por sí mismo. Se oía á los frailes predicar abiertamente al pueblo que en último resultado el yugo de los turcos era preferible á la amistad y al socorro de los latinos, y que entre unos y otros infeas mas valian los secuaces de Mahoma, que los del Sumo Pontífice.

El primero de los griegos despues del emperador, el gran almirante Notaras, exclamaba, lisonjeando al partido de los frailes, « que preferia ver en Constantinopla » el turbante de los turcos, ántes que un capelo de cardenal. »

Los sacerdotes griegos negaban los sacramentos á los que se inclinaban hácia una reconciliacion entre ambas iglesias, y las religiosas no querían confesarse con aquellos sacerdotes que habian entrado en pactos con el cardenal Isidoro. El fraile Gennadius incendiaba los ánimos con sus sermones y libelos contra los latinos que habian acudido á defender á otros cristianos contra los musulmanes. Se veían mujeres que salían de sus conventos vestidas de antemano con el traje de las mujeres turcas, para atestiguar á los ojos con aquel disfraz, que la religion del profeta era ménos abominable á su entender, que los ritos del culto romano.

De este modo la teología, primera y última pasion de aquel bajo imperio, despojaba de toda fuerza y unidad al patriotismo. Constantino, para los claustros de Constantinopla no era el salvador de su pueblo, sino el cobarde aliado de los cismáticos; la Iglesia habia matado á la patria.

Los trabajos preparatorios del ataque contra la ciudad, se completaron por la reunion de cuatrocientos mil otomanos, el viernes 6 de abril, despues de la Pascua de los griegos. Mahomet II acercó su tienda á las murallas, y se abrigó detrás de una rinconada de

colina en frente de la puerta Caligaria, á igual distancia de las Siete Torres y del Syndacus, las dos extremidades fortificadas de los muros de Constantinopla por el lado del continente.

Guiado por los consejos del húngaro, enviado de Huniade, el sultan mandó que adelantaran el cañon de Andrinópolis y algunas otras piezas de un calibre casi igual sobre una cuesta en frente de la puerta San Roman. Diez y ocho baterías de ménos fuerza, quedaron también establecidas por sus ingenieros húngaros de distancia en distancia, sobre la línea continua de las murallas, desde las colinas de Gálata hasta el Propóntide.

El 7 de abril al rayar el alba rompieron el fuego todos aquellos volcanes, y las murallas contestaron con un fuego que contuvo á los sitiadores á cierta distancia. La nube de humo que el viento de la mar impelia hacia abajo sobre las murallas y el campo, impidió juzgar los destrozos del cañon en las tiendas de los otomanos ó en las almenas y las murallas de los griegos.

Mahomet II, impaciente por abrir una brecha á su ejército, se quedó muy sorprendido al otro día de las pocas piedras que sus balas habian arrancado de aquellas murallas, y mandando llamar al húngaro de Huniade, le preguntó el secreto de la impotencia de sus baterías. El cristiano le dijo que las balas que pegaban sin cesar sobre el mismo punto de un bastion, solo hacian una abertura que no determinaba el derrumbamiento de un trozo de muralla, y que el secreto de la demolición de las fortificaciones consistia en quebrantar primeramente practicando una ancha circunferencia todo el trozo de murallon que se queria derruir, y en tirar despues al centro de esa circunferencia desmantelada ya, algunas balas de grueso calibre que provocaban el hundimiento de todo el revestimiento de una muralla.

Los artilleros recibieron la órden de seguir esta táctica, y cuando hubieron practicado un circulo de balazos disparados uno tras de otro, en torno de la fortificación de la puerta San Roman, cargaron el cañon de Orban con quinientas libras de pólvora. Su bala, como un trozo de roca lanzado de un cráter de fuego, hizo temblar la tierra, aun debajo de las murallas. Caras enteras de torres y de bastiones se hundieron en el foso, pero Constantino en pié, ora sobre la brecha, ora detrás de las murallas con su intrépido auxiliar Justiniani, ayudaba á tajar la brecha haciendo rodar con sus propias manos toneles llenos de tierra y de piedras, que habia mandado preparar detrás del segundo recinto para reemplazar el muro con una escarpa.

Durante diez dias Mahomet conteniendo á sus soldados detrás de las desigualdades del terreno, y limitándose á descubrir las troneras de sus baterías, vió como se desmoronaban con los tiros del cañon de Orban las torres, los muros y las puertas de Constantinopla. Dos horas de descanso, y toneles enteros de aceite suministrados por los genoveses de Gálata, bastaban apenas para enfriar el bronce calcinado por aquella masa de pólvora, para que pudiera resistir una nueva carga. En todo un dia no podia hacer mas que ocho disparos, pero cada cañonazo abria como un terremoto las murallas.

A los diez dias, minada la pieza por el torrente de fuego que despedia, reventó, y lanzó los miembros mutilados de su inventor Orban por encima de las murallas de la ciudad hasta la plaza del Hipódromo, y aun hasta el puerto del Cuerno de Oro. El fundador fué víctima de su propia obra. Mahomet desarmado con aquel trueno, pero con veinte brechas bien claras delante de sí, mandó que pasaran por debajo de los fosos cuadrillas de mineros de Tokat y de Siwas, muy diestros en esas excavaciones subterráneas, para que abrieran debajo del agua y de los cimientos unas galerías sostenidas por pilares de madera, cuyo incendio provocaria el hundimiento de las murallas. Al mismo tiempo mandó construir una porción de aquellas torres portátiles que marchaban á beneficio de ruedas macizas, con almenas, y provistas de garfios de hierro y de tablones, para acercarse á las fortificaciones, apoderarse de las almenas, arrojar puentes sobre los fosos, y combatir cuerpo á cuerpo contra los defensores sobre sus plataformas. Esas torres forradas de cuero que mojaban con agua sin cesar para apagar el fuego de los sitiadores que prendia en ellas, contenian algunos centenares de genizaros, invisibles para el enemigo.

La aparición de algunas velas cristianas de Rodas, de la Italia, de los venecianos y de los genoveses sobre el Propóntide, retardó algunos dias los preparativos del asalto. Esas velas que estaban reducidas á catorce, vano simulacro del interés que tomaba la Europa en la contienda, introdujeron sin embargo el terror en el campo de los turcos, mientras inundaban de esperanza el alma de Constantino. Su propia flota encerrada detrás de la cadena extendida en el Cuerno de Oro de un promontorio á otro, no se atrevia á salir para bogar al encuentro de la flota cristiana, porque temia abrir el puerto á los buques de Mahomet II que estaban cerca.

El sultan mandó á su almirante Balta-Oghli, que se destacara con ciento cincuenta de sus buques de la rada de Balta-Liman, y que disputara la entrada del estrecho á la escuadra de los cristianos. Balta-Oghli obedeció temblando á la órden de su soberano, y sus ciento cincuenta galeras se colocaron sobre la punta del serrallo y Scutari delante de los catorce buques de los confederados. Aquella muralla de madera, de remos y de velas no intimidó un instante á los dueños de la mar, que cubrieron de velas y cayeron como una nube

del cielo sobre la línea flotante de los otomanos. Entonces salía el sol, el cielo estaba puro, reinaba un viento ligero; las oleadas eran suaves, y la corriente que precipitaba las aguas del Propóntide por la mañana en el Cuerno de Oro, pegaba contra los cimientos de las Siete Torres y de la Acrópolis. El emperador de Constantinopla, sus soldados, su pueblo, estaban de pié sobre las azoteas que dominan el Propóntide como en las gradas de un anfiteatro náutico, haciendo señas y echando bendiciones á los buques cristianos. Mahomet también habia subido y vuelto á bajar á caballo el grupo de colinas de Gálata que separaba su campo de su flota y asistía á caballo sobre la playa de Tphana, al triunfo seguro de su almirante. El combate no debia tardar en enganar á la fuerza numérica. Los capitanes de los catorce buques cristianos abordaron proa con proa á toda aquella nube de galeras que dominaban de toda la altura de sus cubiertas. Las balas, las piedras y el fuego grequisco llovian de aquellas fortalezas flotantes sobre las galeras chatas de los turcos; el peso de los buques, el de la corriente que los aplastaba como conchas marinas bajo las quillas robustas de los buques de Venecia, por último la superioridad de las manobras y el valor de aquellos héroes de la mar, que movian sus timones y sus velas como los turcos guiaban á sus alazanes, sembraron en pocos instantes la muerte, el desórden y la fuga en las ciento cincuenta galeras de Mahomet II, que ardiendo en deseos de tocar la orilla dejaron cubiertas con sus restos las dos márgenes del Asia y de la Europa.

El sultan que con los ojos y el corazon tomaba parte en aquel combate, ya que no podia tomarla con su brazo, olvida al ver aquello el elemento que le separaba de sus combatientes, y lanzando su caballo hasta el pecho dentro de la mar, seguido de sus oficiales que no se atreven á contenerle ni á dejarle solo, saca su sable contra un buque veneciano que combatia á pocas oleadas de distancia en la embocadura del Bósforo. Su aspecto, sus gritos y ademanes logran reunir un momento sus galeras, pero un segundo abordaje las desune, los griegos rompen la cadena de hierro que cierra el Cuerno de Oro, la flota cristiana se mete á velas desplegadas á los gritos de triunfo de los soldados de Constantino, la cadena se vuelve á cerrar sobre ellos, y el sultan humillado se encamina otra vez á sus tiendas maldiciendo la inexperiencia ó la cobardía de su marina. Su almirante Balta-Oghli, que llevan aquella misma tarde ante su presencia, y que cuatro esclavos tienden á sus piés como un malhechor sujeto de piés y manos, recibe de la propia mano del sultan cien golpes de su maza de armas que le cubren de contusiones y de sangre, debiendo solo un resto de vida á la mediación de los genizaros que exclaman: «*Está escrito, Allah ha dado la mar á los infieles y la tierra á los otomanos; ¿quién es aquel que puede elevarse contra la distribución de los dones de Allah?*»

Mahomet II convencido de que el bloqueo completo por mar y por tierra, era la condicion de la conquista, quiso bloquear hasta á los elementos. Gracias á los muchos miles de leñadores búlgaros y de mineros armenios que seguian al ejército, mandó nivelar y entablar en algunas semanas un camino para sus galeras sobre las colinas y los valles que forman el cabo avanzado de la Europa á la entrada del Bósforo entre la ensenada de Berchiktasch y el Cuerno de Oro, cerrado por la cadena de los griegos. Al ejemplo de los espartanos en Pylos, de los cruzados en Cius y de los venecianos en el lago de Garda, una parte de su flota se deslizó á fuerza de cables por aquel camino nivelado y untado con manteca de buey, con las velas desplegadas é impelidas por un viento favorable, pasó del canal del Bósforo á la rada interior de Constantinopla y fondeó en las mismas aguas que la flota griega bajo el fuego de toda la artillería otomana que durante aquella travesía disparaba desde las alturas sobre los buques cristianos para impedirles que alzarán el ancla. Doscientas galeras turcas, resto de la derrota naval de Balta-Oghli, armadas con cañones y cubiertas con veinte mil arqueros, se establecieron de aquel modo frente á frente en el mismo puerto delante de los cuarenta buques griegos, genoveses, venecianos y rodianos, que estaban apostados en el fondo de la rada á la embocadura del Syndacus. Mahomet, no contento con aquel desafio lanzado á la flota cristiana, empleó al otro dia cien mil obreros de tierra en arrojar de una orilla á otra un puente ó una calzada bastante ancha para abrir un camino sólido á sus combatientes hasta las murallas de la ciudad bañadas por las aguas del puerto. Aquella calzada, armada de baterías que cubria la obra á medida que se iba adelantando por la mar llegó en breve impunemente al pié de las murallas. Gracias á su anchura prodigiosa, era un verdadero campo de batalla por donde podian avanzar de frente cien infantes para dar el asalto á las torres y á los bastiones del puerto.

El intrépido y diestro Justiniani, aquel voluntario desesperado de la Europa cristiana que combatia con Constantino por Constantinopla, como si la honra de las armas hubiera sido su única patria, en vano intentó incendiar la flota otomana que fondeaba en el puerto. Vendido por los genoveses de Gálata que aparentaban la neutralidad con el doble fin de salvar su ciudad y de vender á un tiempo sus servicios á los dos partidos, Justiniani al querer atacar por la noche á los buques otomanos encontró al ejército turco alerta y sobre las armas. Una bala de ciento cincuenta libras lanzada por un cañon de Orban, hizo zozobrar al buque que le llevaba, y doscientos voluntarios, lo mas selecto de la juventud de Italia, que combatia á las órdenes de aquel

aventurero heroico, naufragaron con el buque despues del cañonazo. Justiniani cubierto con una armadura muy pesada debió su salvacion á un pedazo de mástil que la corriente llevó flotando con él hasta el fondo del golfo donde le recogió una barca.

Los buques turcos animados por aquel triunfo, atravesaron la rada al abrigo de su calzada, y fueron á fondear, la proa contra la tierra bajo las murallas. A la vista de los griegos degollaron á los prisioneros que las olas habian arrojado en la noche, y Justiniani en represalias, almenó la cúspide de las fortificaciones con ciento cincuenta cabezas cortadas de otomanos cogidos en el combate naval del Propóntide. Mahomet mandó tirar de dia y de noche contra la ciudad desde las alturas de la colina de San Teodoro que domina Gálata, pero sus balas apenas rozaban las almenas; su artillería que gastaba el tiempo en hacer ruido y humo, no mató durante diez dias de cañoneo mas que á una mujer griega de Constantinopla célebre por su belleza, que atravesaba la plaza del Hipódromo, y que cayó al pié de la columna de las tres serpientes herida de un casco de piedra.

Pero por el lado del continente las piezas colosales de Orban que batian hacia siete semanas las torres y bastiones de la puerta San Roman, habian logrado al fin abrir cuatro brechas sobre las ruinas de cuatro torres. En vano Constantino siempre presente detrás de los restos de sus murallas, levantaba durante la noche las piedras que durante el dia se desplomaban; aquellas escarpas de tierra, de madera, de fragmentos diversos mal ligados entre sí no podian reemplazar las altas murallas perpendiculares de Justiniano. Solo el foso, de doce codos de ancho y diez de hondo, protegía contra el asalto de doscientos mil hombres á los diez mil combatientes de Constantino en una extension de seis mil pasos.

La ciudad cercada por todas partes, agitada ahora con las facciones y la desesperacion mas que con el valor de los sitiados, murmuraba contra el héroe que, á pesar suyo, la daba nombre y brillo. Mahomet II sabia esto, y queriendo aprovecharse de la cobardía de los griegos contra el ánimo del emperador, mandó con mucha pompa al jóven Isfendiar-Beg, su yerno, hijo del príncipe de Transilvania ó de Sinope, para que propusiera al consejo del emperador varias condiciones que á los ojos de aquellos griegos envilecidos cubrian la servidumbre bajo el manto de la generosidad. Isfendiar introducido en la ciudad y en el palacio con los honores debidos á un parlamentario de su clase, pidió á Constantino ante el consejo compuesto del clero y del senado, en nombre de la salvacion de las mujeres, de los niños y de los ancianos, que entregara la capital y se entregara á sí mismo á la magnanimidad de Mahomet II, á cuyo precio el sultan le aseguraba la soberanía independiente del Peloponeso, y la vida y haciendas de los habitantes de Constantinopla que solo quedarían sujetos al tributo. La mayoría del consejo se inclinaba secretamente hácia esta capitulacion de un imperio. Isfendiar leia el favor y la complicidad tanto en los rostros como en las palabras de los griegos resignados. Justiniani y algunos extranjeros valerosos, mas patriotas que los mismos griegos, eran los únicos que contenian al estoico emperador resuelto á enterrarse en la tumba de su pueblo. Constantino respondió á Isfendiar con una dignidad triste y mesurada. «*Que daría gracias á Dios si en efecto Mahomet al concederle una paz segura y honrosa queria evitar á la nacion las catástrofes que pesaban sobre ella; le suplicó que recordara al sultan que Constantinopla habia sido la desgracia de todos los príncipes otomanos que la habian sitiado hasta entonces; que ninguno de ellos, despues de esa violacion de los derechos de una posesion antigua, habia vivido ó reinado largo tiempo; que se hallaba pronto á discutir con el sultan las condiciones de príncipe á príncipe y de pueblo á pueblo, aun las condiciones de un tributo de guerra impuesto por el mas fuerte al mas débil, pero que ninguna fuerza humana, ninguna ventaja personal le harian consentir nunca en entregar al enemigo del nombre cristiano un imperio y una capital, que á Dios, á su pueblo y á sí mismo habia jurado no entregar mas que con la vida.*»

(Se concluirá.)

## La Bretaña.

NAVIO BOTADO AL AGUA EN BREST EL 17 DE FEBRERO.

Este nuevo navio de la marina francesa que fué botado al agua con toda la pompa y solemnidad propias de la circunstancia, ha sido construido bajo un nuevo plan, concebido por M. J. Marielle, ingeniero de la marina. De resultados del buen éxito que obtuvo en 1852 el ensayo que se hizo con el *Napoleon*, navio de vapor de dos puentes, el ministro de la Marina, M. Ducos, mandó que se le presentara un proyecto de navio de vapor de tres puentes. Si no nos engañamos, M. Marielle sugirió la idea al ministro en una Memoria á la que iba adjunta un proyecto de navio mixto de tres puentes y de velocidad ordinaria. M. Ducos acogió con favor esta idea, y gracias á su ardiente y perseverante intervencion le fué posible al ingeniero realizarla. El plan de la *Bretaña* fué aprobado por el ministro en di-

ciembre de 1852, sin la menor modificación, y al mes siguiente se ponían ya manos á la obra.

*La Bretaña* es pues un navío de vapor de tres puentes, construido bajo condiciones tan especiales, que me parece interesante darlas á conocer en sustancia.

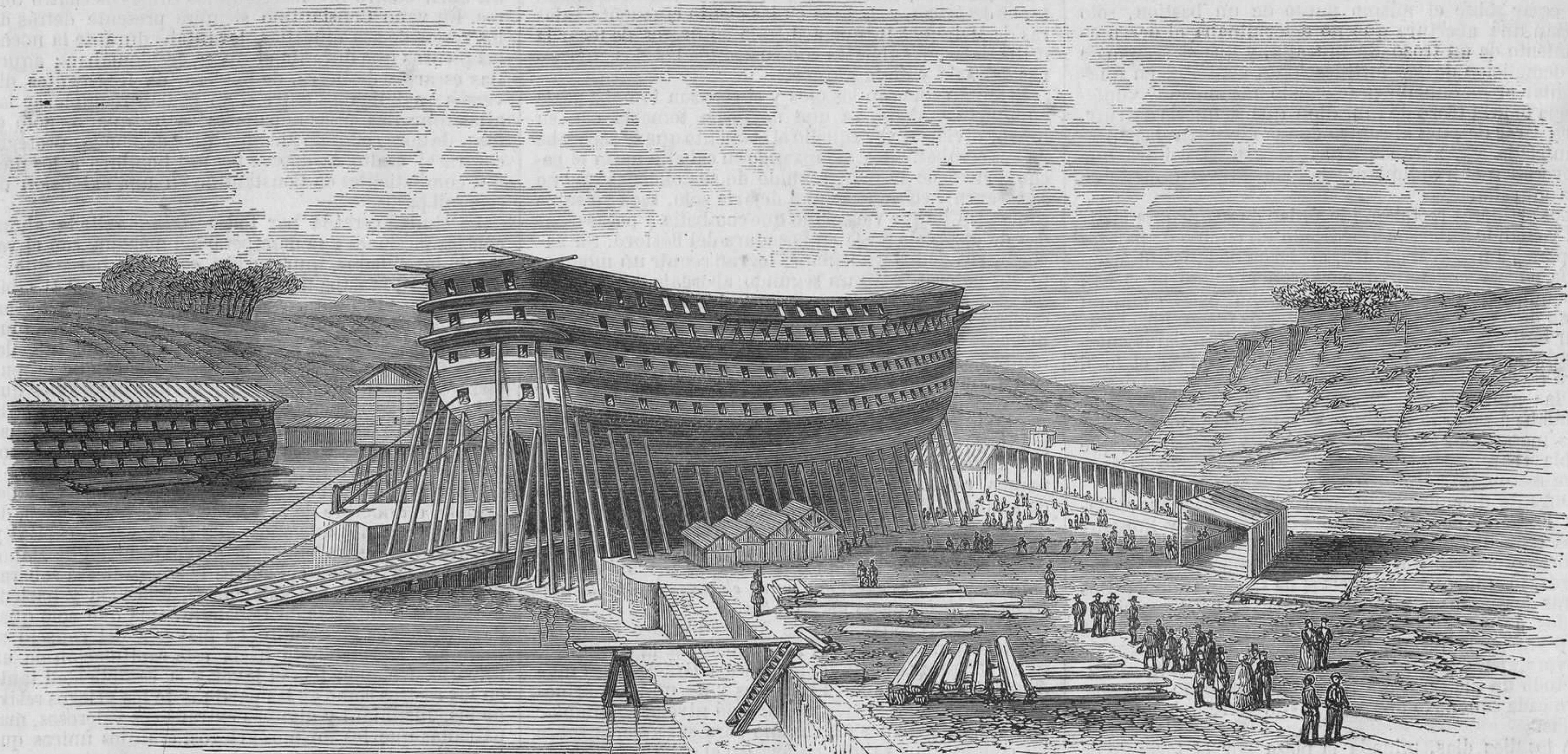
Largo sobre cubierta 83 metros; — ancho mayor, 18 m. 8; — carga, 6,730 toneladas; — cala de agua á popa para esta carga, 8 m. 60. El aparato de vapor es de la fuerza nominal de 1200 caballos, que puede desarrollar una fuerza efectiva de 2000 caballos de baja presión. — El propulsor es un hélice cuyo diámetro es de 6 m. 30, del género del que se probó con buen éxito sobre el *Phlegeton*, corbeta de 400 caballos, es decir, de cuatro ramas que, gracias á su disposición especial no ocupa, sin embargo, mas que una anchura muy limitada, de manera que el pozo que está practicado á popa del navío para



Escudo de popa del navío *la Bretaña*.

la subida del propulsor tiene únicamente 1 m. 30 de ancho.

La máquina completa que va á llegar al puerto de Brest, ha sido construida en la fábrica imperial de Indret, bajo la dirección del inteligente ingeniero á quien se debe la del *Napoleon*. Esta última tiene dos cilindros; la máquina de *la Bretaña* es de cuatro cilindros y de conexión directa. El lugar consagrado en la cala del navío para la instalación de la máquina con sus ocho cuerpos de calderas y sus seis fogones cada uno es de 30 m. Las provisiones de carbon serán de 800 toneladas, contando la navegación al vapor según las siguientes combinaciones: — Catorce días de marcha con una velocidad reducida, de 18,500 metros por hora, y seis días de marcha con la velocidad mayor ó sean 26 ó 27,000 metros por hora. — Tales son los resultados que pueden esperarse á juzgar por la ex-



El navío *la Bretaña* en el astillero.

periencia hecha ya sobre otros navíos. La cuestión de la artillería de *la Bretaña* no está resuelta aun pero no tardará en estarlo, y según las probabilidades lo será del modo siguiente:

18 cañones de 35 y 18 obuses de 80 en la primera batería.

18 cañones de 30 y 18 obuses de 80 en la segunda batería.

38 cañones de 30 en la tercera batería.

2 cañones de 50 y 18 coronadas de 30 sobre los castillos. — Total: 130 bocas de fuego. Como el número de portas de baterías de lado es de 80, si el navío tuviera que batirse solo de un borde como sucedería anclado y acoderado contra fuertes, podría concentrar sobre el punto de ataque el fuego de 80 cañones; el número total de troneras se eleva á 180.

*La Bretaña* tendrá como los mayores navíos de tres puentes una arboladura, donde habrá 3000 metros cuadrados de superficie de velamen. Las provisiones de subsistencias serán tres meses de víveres de todas clases y un mes de agua para 1200 hombres de tripulación. Además el navío llevará un aparato destilatorio.

El corte de *la Bretaña* en lo concerniente á las formas de la carena, está tan lejos del corte de los antiguos navíos de tres puentes, como el del *Napoleon* se separa del corte de los navíos de dos puentes; desarrolla la idea creadora del tipo *Napoleon* aplicada á un navío de mayores dimensiones. La excesiva longitud de *la Bretaña* ha exigido el empleo de muchos medios de unión ó consolidación mas ó menos seguidos hasta el día en las construcciones navales; de este modo es de presumir que el armazón del navío podrá resistir sin perjuicio á las grandes fatigas que engendrarán necesariamente en la mar una longitud y un volumen completamente imitados hasta aquí en toda construcción de madera.



*Velleda*, figura decorativa á proa del navío.

Por último, se cuenta con que este buque, el mas fuerte bajo todos conceptos de los que posee la marina francesa, se hallará antes del verano próximo en las condiciones requeridas para recibir el bautismo de fuego. — *El Wellington*, navío de vapor de la marina inglesa, también está armado con 130 cañones; pero este navío, admirablemente construido, según dicen cuantos le han visto, no puede obtener de su máquina mas que una velocidad de 10 nudos ó 10,5 á lo mas, y solo lleva consigo una provisión de carbon de 350 toneladas.

Si las promesas del programa que acabo de indicar en sustancia se realizan, *la Bretaña* señalará sin duda alguna un nuevo progreso en el arte de las construcciones navales, y será el primero de todos los navíos de guerra.

Los ornatos de las extremidades del navío se ejecutarán según un proyecto presentado por M. Saint Germain. — Un escritor, M. Emilio Souvestre comparaba con mucha razón las composiciones de este artista sobre la Bretaña con las poesías de M. Brizeux. Con frecuencia se halla en efecto en los cuadros de M. Saint Germain, ese sello de gracia sencilla y de ternura que tanto descuellan en el poema de *Maria*. En un proyecto primitivo, el artista fiel á sus precedentes de pintor breton, habia simbolizado bajo una forma concisa é ingeniosa á la vez los recuerdos mas gloriosos de la historia y de la poesía de la Bretaña, pero los usos y los reglamentos de la época actual en materia de ornatos de buques, no han permitido su entera ejecución, y solo se ha podido conservar para la popa del buque el escudo de Bretaña, sostenido por genios, y para la proa la figura de *Velleda*, esa sacerdotisa de los bretones, que según dice M. de Chateaubriand « reasume toda la historia de la antigua Bretaña. »

M. R.